MaPA
MAESTRÍA EN PRODUCCIÓN ARTÍSTICA

FACULTAD DE A·R·T·E·S

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MORELOS

Universidad Autónoma del Estado de Morelos Facultad de Artes

Maestría en Producción Artística

Tus branquias, tu corteza y la sangre de mis venas

TESINA

para obtener el grado de

Maestra en Producción Artística

presenta

Laura Jácome Cessa

Director

Gregory Max Berger

Cuernavaca, Morelos, a 10 de julio de 2026

Tus branquias, tu corteza y la sangre de mis venas

Laura Jácome Cessa

A mi madre Yesenia y a mi padre Rubén (†),
porque todo lo bueno que hay en mí,
lo sembraron ellos.

A mi ecosistema, el bosque de niebla, porque ahí
germinó la semilla.

Y a quien enseña con su ejemplo: Joshua, por
rociarle agua durante más de 10 años
con tanto amor.

PREFACIO

Desde el asombro al reconocer nuestro planeta como un gigantesco caos abstracto hasta el microcosmos en el interior de la semilla, este viaje es una reflexión sobre nuestra compleja relación actual con la naturaleza.

De un ecosistema a otro, ese recorrido se convirtió en una exploración del cuerpo con el entorno, como ecosistema y territorio, en cuya interacción vital habitó una poderosa fuente de conocimiento invisible.

El recorrido se convirtió en asentamiento que transformó el espacio que transformó silenciosamente a las relaciones, y así, a las mentes.

Por eso es que, al pensar desde el arte, esta obra reflexiona sobre sí misma como práctica de transformación, tan interna como colectiva.

A lo largo de los últimos dos años, este proyecto se ha desarrollado como una búsqueda continua de un lenguaje (poético, visual y dinámico) que —al ser consecuente con las problemáticas ecológicas actuales— funcione para coexistir en el mundo. Desde imagen satelital y pintura abstracta, pasando por derivas en distintos ecosistemas dentro y fuera de México, profundizando en la relación con el bosque de coníferas de Chamilpa, recolectando basura, sembrando pinos, creando ensayos audiovisuales poéticos, así como un amplio registro fotográfico, interviniendo con dibujo digital algunas de estas imágenes. La reflexión de dichas prácticas artísticas concluyó en una obra relacional adaptada al Jardín Borda, en Cuernavaca, así como en esta obra impresa.

Ese trabajo propuso formas de reconexión entre lo humano y lo natural a través de la experiencia corporal, evocando un antiguo ritual que nos ha enlazado con el ecosistema desde los orígenes de nuestra propia cultura: la jardinería. En cada sesión la obra se activó colectivamente en procesos que

propiciaron un diálogo directo con el ecosistema, conectando la mente con el cuerpo, cocreando una situación para vernos. Más allá de imaginar mundos posibles, la obra implicó una autoobservación, un gesto de atención hacia la forma en que percibimos y habitamos nuestro entorno; pero, sobre todo, nos convocó a ser parte de él, a mirar hacia afuera para repensar el adentro.

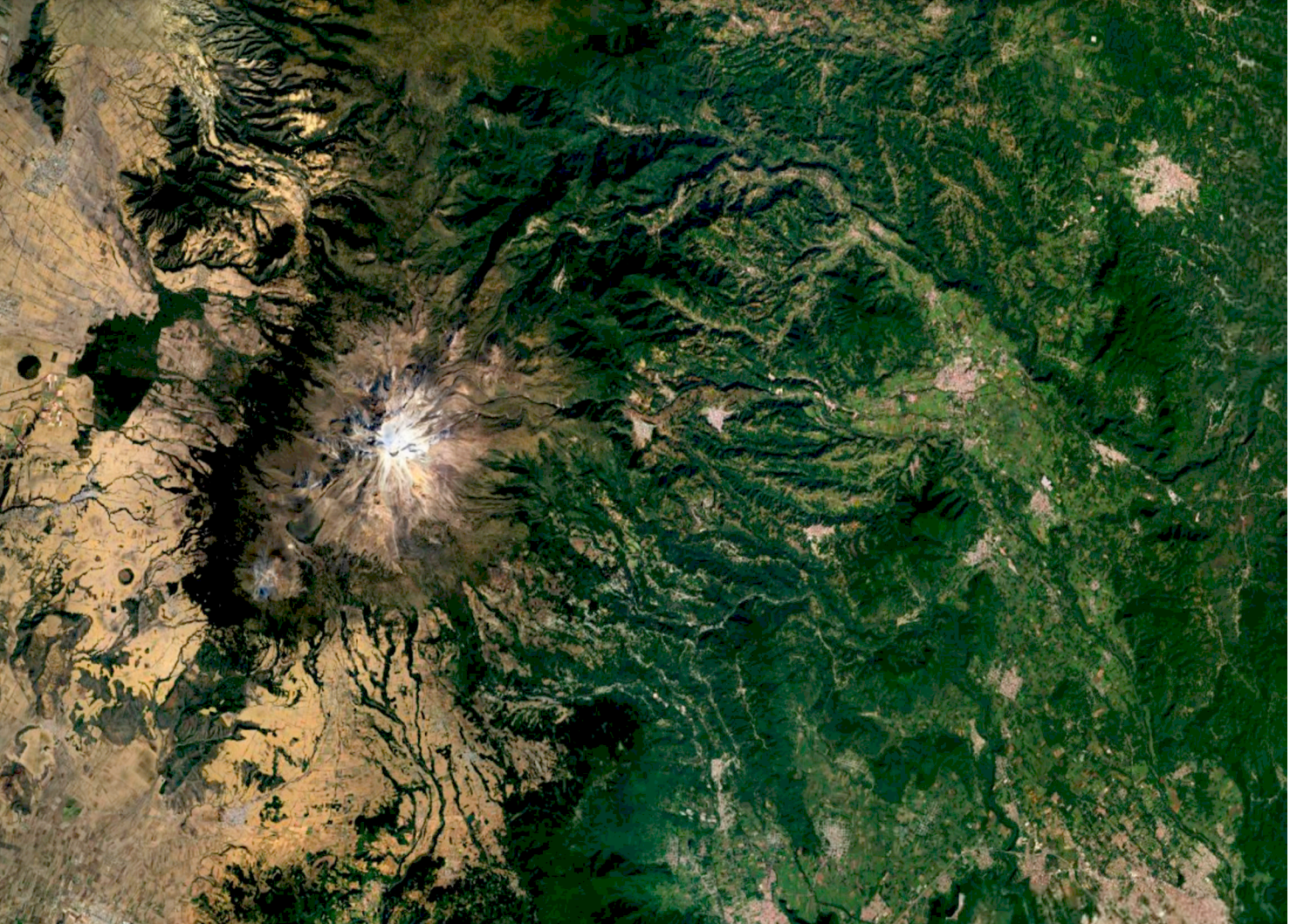
La indagación artística que sostienes con tus manos es una historia contada en tres partes: tres capítulos de un ensayo literario autoetnográfico, tres momentos de un mismo poema, y tres narrativas visuales. Así, cada obra visual, encuentra su correspondencia en cada capítulo, que, aunque puedes leer como historias independientes, su riqueza se oculta en la conexión entre todas sus partes. Por lo tanto, en cada párrafo, verso o fotografía, esta es una historia sobre la posibilidad de coexistir.

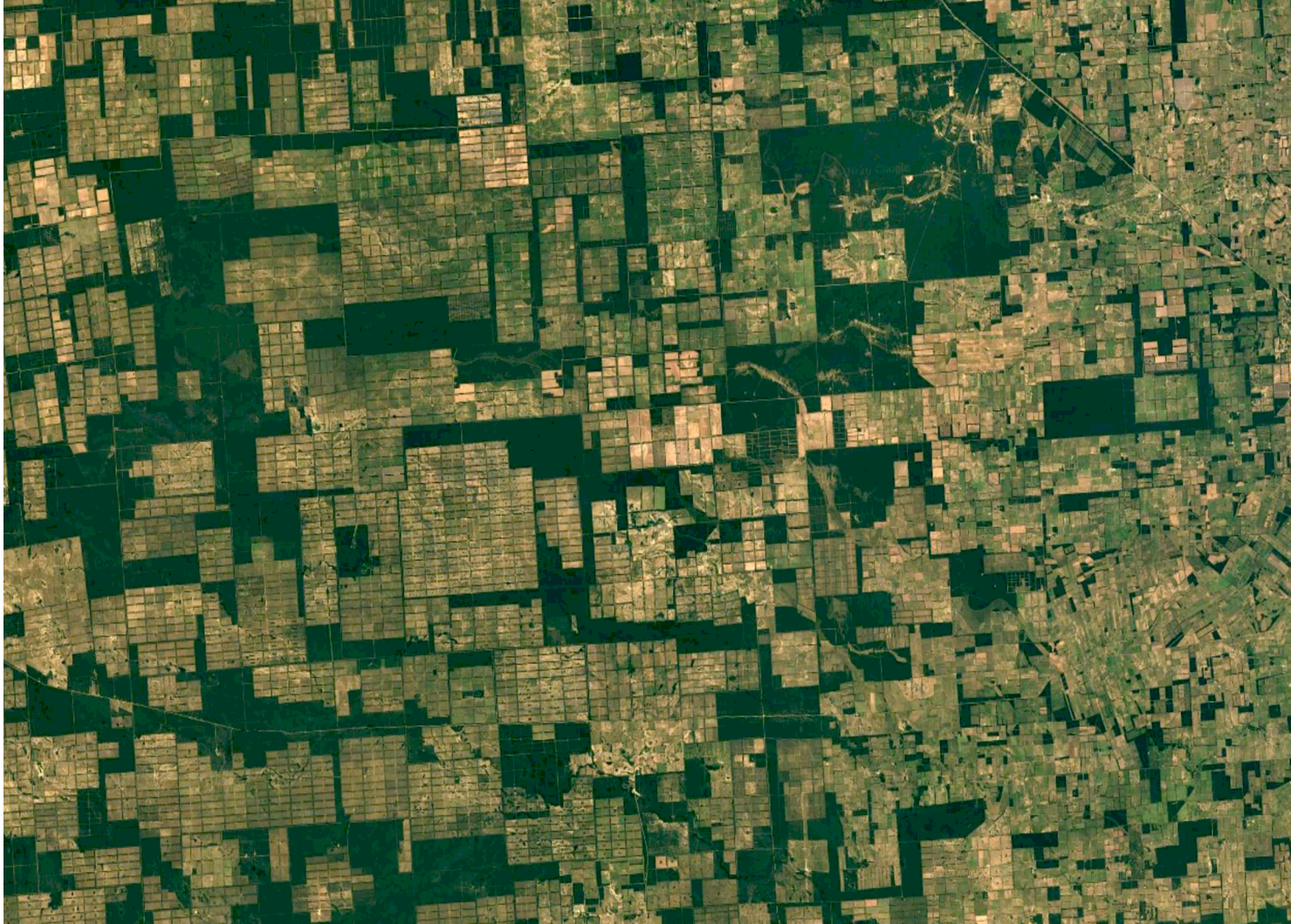
CAPÍTULO I




























Pimpapalotate


09
11

Estar aquí
(parte I)

Fuimos una fuente innombrable de unidad
que diseñó tus branquias, tu corteza,
y la sangre de mis venas

Fui la roca inmóvil, la lava,
y la tierra.
Viví por mucho tiempo, solo por el placer de existir,
y me extinguí.

Luego tomé otra forma, bebí tus aguas,
tracé tus senderos,
para que mis manos alcanzaran el fruto,
que me dio energía,
y tomé tus ramas caídas,
con las que hice fuego,
que me dio tiempo,
que me dio lenguaje.

El fruto continuo de transformación que ha significado para mí esta indagación, estaba contenido en su semilla, esa semilla tomó agua y tierra del bosque de niebla en la región de las Altas Montañas de Veracruz, región que acobija al volcán más alto de México, el Citlaltépetl, "cerro de la estrella" en lengua náhuatl, y por sus 5636 metros sobre el nivel del mar, comúnmente es conocido como Pico de Orizaba. Al formar parte de la Sierra Madre Oriental, esta larga cordillera de montañas frena el paso de la humedad que desde el mar llega a adentrarse en el continente, creando una barrera natural entre Veracruz y Puebla. Nací en 1998 y crecí en la última calle de una pequeña ciudad con menos de 50 mil personas en ese entonces, rodeada por un vasto entorno rural, Huatusco de Chicuéllar. Frente a mi hogar de la infancia, cerros azules han capturado la humedad del mar durante al menos 44 millones de años, lloviendo todos los meses sin falta (Fitz, 2015), convirtiendo esa región en el segundo ecosistema más biodiverso en todo México, solo después de la selva (SEMARNAT, 2018).

¿Puedes imaginar vivir en un mundo constantemente verde? Un mundo que nunca termina por congelarse o secarse y morir, que florece de una u otra forma en cada estación. Un mundo cuya única transformación la otorga el poder del agua: suave en otoño e invierno, cubriendo con mantos de niebla intermitente todo lo que te rodea; potente y tempestuosa en verano, templando el clima, rica e incolora cuando nace de la tierra, haciendo más verde más diverso todo. No lo supe en ese entonces, pero ahora veo que nacer rodeada de montañas, con una puerta hacia el patio, y un cerro al frente, tras cruzar la carretera, afectó mucho.

Esa abundancia natural contrastó con la situación económica familiar, pues soy hija de un padre taxista y una madre ama de casa, la tercera de cuatro hermanos. Hasta los dieciocho años, viví en ese mismo entorno semirrural de Huatusco, Veracruz, un

estado que tiene más en común con el sur que con el centro del país, pues su clima cálido y húmedo, y su extensa vegetación han propiciado un trabajo principalmente agrícola, pesquero, ganadero y comercial, y aunque nunca nos faltó qué comer, tampoco sobró nada. Como casi nunca salía del pueblo y no tuvimos internet en casa hasta hace pocos años, mi conocimiento del mundo fue bastante limitado y condicionado a lo que veía en el entorno.

Muchos años después entendí que antes de la ciudad moderna que es hoy, los pueblos nahuas originarios fueron desplazados hacia las cimas de las montañas, donde es mucho más difícil vivir, y donde aún hoy siguen viviendo. Hace un siglo y medio, particularmente durante el porfiriato, el gobierno regaló terrenos a inmigrantes italianos para incentivar su venida a México, como a mis tatarabuelos maternos. Dichas tierras fueron la base para muchos cultivos como el limón, la caña de azúcar, el chayote y, sobre todo, el café, que se convirtió en el principal sustento de esta región agrícola, el de sus hijos y sus nietos, por lo que es común que en los ranchos los padres saquen a sus hijos de la escuela durante la época de corte.

Soy hija de un carismático aventurero que, mucho antes de ser padre, llegó a escalar más de una vez la cima más alta de México, ese volcán dormido en el horizonte. En casa, hubo algunos libros de naturaleza para hojear y ocasionales caminatas al cerro, mi familia mantuvo un jardín lleno de orquídeas, patas de elefante y helechos, por nombrar algunas plantas, el trabajo usual de los fines de semana, los desayunos domingueros de barbacoa, chicharrones y frijoles, el bracero con lumbre... Con el suficiente espacio, tuvimos perros, conejos, e incluso un borrego.

Este es el contexto en el que crecí, por eso fue algo muy abrupto quedar huérfana a los 8 años, cuando mi padre murió repentinamente mientras conducía su taxi, debido a un accidente que un conductor borracho ocasionó.

Más allá de la larga, profunda y silenciosa depresión que provocó su ausencia en nuestras vidas, sus acciones en carne, y su leyenda en la muerte, resonaron por años como un eco... Al enseñar con su ejemplo, esa búsqueda de una relación más cercana y directa con el mundo natural permeó en mis hermanos y en mí. Nos ha hecho coincidir en el tipo de vida que perseguimos como adultos: una vida simple, las montañas, el campo y el jardín, el gusto por la aventura, por crear arte, por el trabajo artesanal, por todo lo hecho con las manos.

La depresión que ocasionó su ausencia abonó el terreno para que años más tarde comenzara una dolorosa búsqueda por una conexión perdida, ya ni siquiera con mi padre, sino al ver que cuando mi pequeño mundo se hacía cada vez más grande también se volvía más hostil. Fue la primera vez que viví en otra ciudad, lejos de la calidez del hogar, donde, que por más disfuncional que fuese mi familia, nos relacionábamos cada día. Entonces, los cerros verdes, el patio, los hermanos y los amigos, fueron reemplazados por cuartos pequeños con ventanas pequeñas y vistas a otra pared, uno tras otro, y afuera de ellos, interactuaba con personas a quienes, raramente conocí. Aunque desde niña había sido solitaria, esta nueva forma de distancia vital me aisló.

Fue entonces que esa crisis interna me llevó a buscar otra forma de relacionarme. Al principio, mi comprensión superficial me condujo a dejar de comer productos de origen animal y reducir mis residuos a lo mínimo, tras el impacto de saber de dónde viene la comida y en dónde termina nuestra basura. Cuando la abrupta crisis sanitaria del coronavirus llegó a México, en la primavera del 2020, regresé a la casa materna para finalizar la universidad en línea. Fue ahí donde comencé a hacer composta, así como dos huertos en el patio familiar. Y llena de inocente entusiasmo, con mi pareja construimos una casa de bambú con baño seco en medio de esos cafetales. Hicimos ese gran proyecto desde la idea, sin tener experiencia, casi sin dinero, y, prácticamente, sin herramientas eléctricas, lejos de romantizar esta locura ahora, no imaginaba el tipo de trabajo físico para

construcción, carpintería y jardinería al que tendría que enfrentarme.

Seleccionar bambúes recios, cortarlos de raíz y luego cortarles todas y cada una de sus ramas para sacarlos de esa cañada, medirlos y cortar 300 piezas de 3 metros, cargarlos hasta la camioneta, viajar hasta el rancho, descargarlos en casa de don Pastor, bajarlos a hombro hasta el terreno que sería nuestro hogar en la cañada –con todo el cuidado de no llenarte de aguates– fue el primer paso de esta aventura, pero una casa malhecha de bambú no fue nuestro único proyecto, y luego construimos un gran huerto familiar, en el que aplané casi siete áreas de terreno inclinado, preparé la tierra, y germiné, trasplanté, regué, tutoré, y cuidé a muchas hortalizas para obtener unas miserables cosechas. Muchas veces estuve a punto de rendirme.

Pero esa época transformó algo en mí física y mentalmente, porque me mudé junto a miles de plantas y árboles, y cerros, y me obligó a pasar más horas bajo el sol, a usar mi cuerpo con mayor atención. Sudada, sucia, incómoda y cansada, comencé a apreciar los amaneceres, los cerros neblinosos, las noches estrelladas, y el río cristalino a solo cinco minutos caminando, los insectos raros, los perros chiqueones, la preciosa casa imperfecta que hicimos con las manos era nuestro hogar, y hasta los días más fríos de invierno se tornaron acogedores cuando mi tormentoso mundo interior se volvió más simple, pacífico y profundo. Y aunque ha sido una constante preocupación desde entonces, le estábamos quitando poder al dinero. Esta época fue el inicio de un viaje de conocimiento interior, y esa potente necesidad de crear y compartir el valor de lo que estaba reencontrando me dio el entusiasmo para aprender diversas técnicas artísticas de forma autodidacta.

Esos años de aguda crisis sanitaria que fueron tan terribles para muchas personas en las grandes ciudades, a mí me condujeron a una nueva vida en el campo. Al vivir a doscientos metros de cualquier otra persona, mi aislamiento social fue, en realidad, una decisión propia, pero al estar tan rodeada del silencio, la riqueza y los ciclos de la naturaleza,

conocí una forma de libertad que no había experimentado hasta entonces, anhelé ser autosuficiente, ingenuamente me sentí tan lejos de todo aquello que tanto me dolía.

A medida que comencé a explorar el campo sola, entendí cuánto se me había negado desde que nací. Vivir frente al cerro no significa vivir en el cerro, ni siquiera significa conocerlo en verdad. A pesar de lo cerca que estaba la naturaleza del pueblo, este siempre había sido un otro lugar, como un espacio peligroso en el que todos, pero principalmente las mujeres, no deben estar solas.

Como a mis amigas, mis hermanas, mi madre, mis tías y mis abuelas, a mí también me criaron dentro de estructuras que han controlado cómo y dónde el cuerpo femenino ha de habitar (y cómo ha de habitarse a sí mismo). Fue hasta que empecé a explorar mis alrededores y hacer rutas más largas y más desafiantes, que por fin comencé a sentirme libre en esta nueva forma de autodeterminación. Mi cuerpo, que ahora es mi principal ente de estudio, comenzó a convertirse en el territorio que mejor conozco, el que más cuido, mientras vivo en un territorio más grande que es el bosque, el campo, el rancho, el pueblo, la ciudad, mi hogar. Pero ¿cómo tener la posibilidad de convivir con lo vivo –en su estado más salvaje–si cargo con este profundo miedo al habitar?

En parte por anhelo, en parte por necedad, pronto comencé a sentir un intenso deseo por una vida mucho más aventurera: entre más conocía mis alrededores rurales, más curiosidad sentía por explorar la naturaleza, poco a poco empecé a realizar rutas más largas y complejas en las regiones cercanas. Pero siempre acompañada, he acampado en bosques de diferentes estados, y caminado hasta el refugio del volcán Pico de Orizaba al menos dos veces, también he llegado a la cima del volcán La Malinche, la sexta montaña más alta de México con 4461 m.s.n.m.

Cuando he estado allí, esperando a que el sol me caliente en esa cima tan hostil, o no puedo dormir porque estoy congelándome las extremidades a grados bajo cero, o cuando veo con mis propios ojos la mancha de la Vía Láctea –¡la galaxia en que vivimos!– o cuando he caminado por horas, cargando 15 kilos en la espalda y me detengo a contemplar un volcán congelado con los últimos rayos del atardecer iluminando la cima, por más duras que sean, por más esfuerzo que requieran, en ese dolor, agotamiento o excitación sucede algo que las palabras apenas pueden rozar.

Solo así comienzo a entender que esta nueva forma de relacionarme con mi cuerpo –al cual jamás aprendí a sentir y escuchar por mi entorno social– es una meditación a través de un miedo de otra clase. En la adrenalina de mis venas bombeando sangre al resto de mi cuerpo mientras corro, mientras subo una montaña, en la repetición del mismo movimiento, una y otra vez, al despertar mi mente por las mañanas, o en el titubeo frente al abismo, encontrando la paz que viene después de la tormenta, cuando ya no puedo más, es un trato justo. A veces solo así me siento viva.

Y he pasado, al menos, los últimos dos años preguntándome, un poco con miedo y también con tímida esperanza: ¿cuál será la posibilidad de que esta nueva era a la que estamos transicionando sea una capaz de convivir con la biodiversidad en paz? Pienso en si hubiese nacido y crecido en otro lugar, lejos de la calma del campo, en un entorno más hostil, como la periferia de cualquier gran ciudad, en constante ruido, estrés y violencia, o si me hubiesen rodeado fábricas en lugar de cerros.Si no hubiese visto tantas veces ese volcán rosado al amanecer, ni la familia fuese el núcleo comunitario más valioso de todo mi entorno, si no hubiese contando con su apoyo incondicional; ¿esta reflexión sería posible?, ¿tendría esta esperanza en nuestra especie?, ¿cuál sería mi postura ante esta gran crisis ecológica y social?

La oportunidad para vivir todo esto con mi padre terminó mucho antes de que empezara, a veces me pregunto cómo entendía él su mundo. Siento nostalgia por esa época lejana, anterior al impacto que el internet y la globalización ha tenido en nuestras vidas, pienso en por qué escaló ese volcán, soportando dolor e incomodidad que no necesitaba, por qué cuidó el jardín tantos años, qué le daba éste a cambio, por qué me enseñó a dibujar ese cerro...

Al igual que tantas otras personas del rancho, sé que él valoraba su región, valoraba cómo todo está siempre tan vivo, valoraba la posibilidad de un momento en familia. Sé que en el silencio de sus acciones, sostenía activamente su filosofía, una relación diferente con su ecosistema, y creo que él comprendía algo que apenas empiezo a ver. Mucho de lo poco que viví con él está aquí. La única parte triste después de tantos años es que la posibilidad de que viera en qué nos hemos convertido murió con él, la posibilidad de compartir estos aprendizajes y experiencias ahora solo puede redirigirse a alguien más. Sé que él estaría feliz si pudiera verlo.

Él también se hubiese asombrado al ver el raro planeta en que vivimos, todo a través de una casi inaccesible perspectiva humana. Ese asombro que con el tiempo se transformó en una obsesión hace casi seis años, cuando elaboré mis propios pigmentos naturales, a partir del carbón, la ceniza y el barro, a los que luego añadí alga espirulina, cúrcuma y barro cocido. Tenía años deseando crear arte abstracto –una forma de pintar totalmente nueva, espontánea e impredecible–. Insatisfecha de hacer obras hiperrealistas, deseaba la libertad de mezclar texturas, colores y formas, solo por el placer de crear y la curiosidad de ver en qué se convertiría.

Empecé a pintar una serie de estudios inspirados en los paisajes grabados en la superficie de la Tierra, paisajes extraños, desconcertantes, irreales. En ese entonces viajar era un sueño imposible, por lo que mi única forma de explorar la Tierra fue gracias a plataformas digitales como Google Earth, en otra época ni siquiera hubiese podido imaginar ver lo que veo ahora.

Jamás hubiese entendido que nuestra historia se escribió sobre la superficie del planeta. Lo que antes comenzó como una curiosa fascinación y un simple deseo de experimentar, se ha convertido en algo más complejo desde entonces. Los procesos hasta ahora descritos fueron los que me hicieron pensar más seriamente en nuestra relación con la naturaleza en el contexto actual de alteración ecológica. Lo que quiero entender es por qué me afecta ahora, directa o indirectamente, al teclear frente a la computadora estas palabras secas dentro de mi habitación.

Piensa por un momento en que la abstracción pictórica se realiza en épocas en las que era impensable que la realidad pudiera lucir como una de las fotografías satelitales de esta obra. A la suficiente distancia, la naturaleza parece desdibujarse y transformarse en formas irreconocibles. Es bastante inquietante considerar que cosas tan diferentes en esencia puedan verse tan similares desde cierto ángulo, y que, el arte abstracto, una invención humana que pretende no representar la naturaleza, pueda verse tal como ella.

Mi propuesta inicial consistía en realizar una instalación interdisciplinaria que reuniera pintura, fotografía y creación audiovisual inspirada en la superficie terrestre. Aunque sabía que el trabajo evolucionaría a medida que profundizara en él, no podía haber imaginado hasta dónde. Lo que me cautivó de la pintura abstracta fue llegar a sentir que todo ese ruido mental a momentos desapareció, perdida en esa concentración, yo estaba ahí pintando solo para pintar lo abstracto que puede ser lo real.

Fue inesperado que, a finales de septiembre de 2024, pudiera visitar a mi hermana, mi cuñado y mi sobrino en Cantabria, en el norte de España. De haber pasado la mayor parte de mi vida en un solo pueblo y conocer superficialmente tres estados en México, subí a un avión y crucé el mar atlántico en tan solo unas horas. Ese mundo abstracto que solo había conocido a través de fotografías satelitales ahora lo veía a través de mis ojos.

La mayor parte de esas 10 semanas estuve en pueblos y muy poco en las ciudades. Lo veía todo con el filtro de lo que ya conozco, contrastando esos paisajes humanos con la naturaleza y la vida de la clase trabajadora de México. Pero estaba ahí con mi familia a la que no había visto en años, y en esas tierras lejanas encontré un hogar cálido y seguro porque la amabilidad de casi todos a quienes conocí me hizo sentir bienvenida siendo una extranjera, pero fui demasiado introvertida como para conocerlos mejor, algo que ahora lamento. Todos los días hacía caminatas solitarias en el pueblo, algunas me llevaron a subir grandes montañas y otras a estar inmersa en densa oscuridad. Quizás fue esa sensación de estar en un segundo hogar lo que me permitió la libertad de recorrerlo.

Sin darme cuenta, comencé a desapegarme de la propuesta original de obra, a través de una exploración más libre por esta nueva geografía emocional mediante prácticas que permitieron a mi cuerpo bajar a la tierra que ahora caminaba. Así es como empecé a explorar, experimentar y registrar toda esa relación con el entorno a través de un diario, de la fotografía y de videoblogs o video bitácoras. Estas últimas, narrativas audiovisuales en donde registro mi relación con la biodiversidad de diferentes ecosistemas, un relato sobre la curiosidad por el mundo natural (un poco la de la infancia), cuya poesía contemplativa busca hacerte sentir al ver esa delicada y armoniosa relación entre la vida, especialmente la salvaje y la del campo. Todo en un formato cotidiano y casero (y con poco equipo técnico) esta suerte de bitácora digital que llevaba 2 años haciendo ahora adquiría un enfoque nuevo, porque literalmente veía este viejo mundo por primera vez.

Dichas prácticas, mediadas por el contacto directo con el entorno a través de largas caminatas, fueron formas de documentar mis experiencias casi siempre solitarias y contemplativas. En Cantabria, sentí por primera vez el paso tangible de una estación convertirse en otra en tan solo dos meses y medio. Cuando llegué ahí aún podíamos disfrutar los últimos días de verano y, al regresar a México ya había caído

la primera nevada. Ese mundo tan cambiante me reclamaba una atención que no podía ignorar, al provenir de una región siempre verde, no conocía este tipo de transformación.

Creo que fue la primera vez que viví un otoño así. El cálido sol, el viento del sur, la constante lluvia, los árboles amarillos, naranjas y rojos, y luego sin hojas, el frío, con los pequeños cambios en la luz y los días oscureciéndose.

Pero esto no solo fue a través del tiempo, sino entre elementos de distintos ecosistemas y de diferentes dimensiones. En ese momento, acababa de comprar un *drone* que anhelaba hacía años. Con la posibilidad de perderlo, estrellarlo, o que sus hélices me corten la piel, volarlo siempre me ha puesto nerviosa, pero lo que me permite ver no solo me ofrece más conocimiento de los territorios en los que vivo; me hace experimentarlos de otra forma, sentir real lo abstracto, ver como ve el ave. Pero no podemos olvidar que la misma herramienta nació como un instrumento para la guerra.

Entendido como un vehículo aéreo no tripulado, uno de los primeros registros que se tiene cuenta que el ejército austriaco puso en marcha doscientos globos aerostáticos con bombas en Venecia, en julio de 1849 (Buckley, 2006). Actualmente, en Ucrania, Irán, Sudán, Siria e Irak la misma herramienta se convierte en una de las armas más eficientes para matar.

A mí me transforma la capacidad de ver. Con el *drone* y mi cámara realicé varios ensayos audiovisuales explorando, conociendo e integrando esos diferentes ecosistemas sociales a través de mi cuerpo. El objetivo no era solo documentar la experiencia física en la transición de la ciudad al campo, en la playa, sobre los acantilados, dentro del bosque o ascendiendo la gran montaña pedregosa, sino la poesía de esa frágil armonía natural y humana sostenida al borde del colapso ecológico; para mi sorpresa, muchas hectáreas de bosques nativos habían sido reemplazadas por eucaliptos, árboles

provenientes de Australia, cuyo rápido crecimiento es muy productivo para la industria maderera, aún si la manera en que consumen nutrientes del suelo degrada la tierra, haciéndola infértil para las especies nativas.

Cambiar los puntos de visión sobre el mismo elemento de interés, así como relativizar el tamaño de mi cuerpo en el vasto espacio a través del vuelo alto y cenital del drone me dio perspectiva. Este es un trabajo sobre la capacidad de observar, que me hizo conectar patrones visuales que sin saberlo caminaba. Esos patrones pasan del río a las grietas del cráneo, a la rama seca y al camino viejo, ¿cómo formas tan enormes pueden verse igual a algo tan pequeño?, me dediqué a buscar conexiones visuales entre lo diferente, entre lo inconexo.

Un día salí a filmar después de las 10 p.m. a uno de los campos cercanos, tenía unas ideas para un video que quería materializar, pero al ser una experiencia bastante inusual, sentí lo abrumadora que era la noche, miedo en el valle del pueblo, mi cuerpo era indistinguible en la oscuridad. Mi mente comenzó a jugar conmigo a pesar de no creer en los espectros nocturnos y de sentirme segura aquí. Aun así, sentí miedo, en esa oscuridad, bajo la mancha alucinante de la Vía Láctea, y el campo, tan grande entre las montañas y yo tan lejos de otras personas, me estaba tragando la oscuridad, de nuevo soy pequeñita, dentro de esta inmensidad que siempre me contiene. Tenía que estar aquí afuera para entenderlo, de lejos se ve mejor el panorama, pero mi cuerpo solo comprehende cuando lo vive por dentro. Asustada ante esa presencia, enseguida empecé a correr, al ritmo de una música igual de vasta y oscura, Wardruna. Ha sido una de las pocas veces que he sentido la libertad de estar tan sola rodeada de tan densa oscuridad sin miedo a que alguien me hiciera daño.

Luego me obsesioné con las rocas gigantes de las altas montañas, que se convirtió en otra narrativa audiovisual. Lo que me cautivó no fue solo su gran tamaño, sino la importancia de esa mate-

ria prima desde tiempos anteriores a los celtas en Cantabria, porque a partir de estas rocas se construyeron casas por toda España a base de piedra (algunas siguen en pie con más de 700 años) gracias a que retienen el calor que reciben del día liberándolo lentamente por las noches heladas de invierno. Darle esa función a la piedra promovió el sedentarismo en esta región. Recordé las palabras del agricultor japonés, Fukuoka Masanobu, cuando escribió que "generalmente se cree que la cultura es algo creado, mantenido y desarrollado solo mediante el esfuerzo humano, pero la cultura se origina en la asociación entre el ser humano y la naturaleza" (2011, p. 52).

Si la fotografía y la obra audiovisual fueron el mapa de los puntos de conexión universal, la escritura se convirtió en el medio más íntimo para descargar mi mente, un diario auto etnográfico para permitirme procesar a través de este lenguaje las nuevas experiencias que estaba viviendo, y los contradictorios lugares mentales a los que me llevaba. Fragmentos de ese diario que comencé en España están aquí y continúan a lo largo de toda esta indagación artística.

Mi tiempo en este territorio nuevo llegaba a su fin, mi estancia había sido la de una turista. Viajé de una zona rural de México a una zona rural de España y Francia. Pero pasar de un entorno a otro sin detenerme el suficiente tiempo convierte la experiencia en un rápido producto de consumo, que lo mismo da haberlo vivido porque su capacidad transformadora se diluye en la imposibilidad de construir una perspectiva más integral con ello. Las pocas veces que estuve en la capital de Cantabria, Santander, noté lo mucho que la globalización ha ido homogeneizando la diversidad cultural, porque era una ciudad bonita, pero casi como cualquier otra, no es allí donde encuentras la riqueza autóctona de la región.

Yo misma pensé que podía juzgar a los europeos por igual, que eran todos responsables por los problemas sociales y ecológicos consecuentes a la colonización. Hasta que las vi, las cosas abstractas

tomaron forma, algunas creencias se fueron desdibujando, y cuando mi tiempo allá estaba llegando a su fin, dejé de desear conocer la mayoría de los lugares posibles para enfocarme en pasar más tiempo en los mismos, ¿de verdad quiero vivir tanto tan deprisa que no pueda procesarlo?

Una de las últimas cosas que hice fue visitar el Museo de la Prehistoria y Arqueología de Cantabria y conocer algunas de las pinturas rupestres que se encuentran en España, conocida por albergar uno de los conjuntos de cuevas y arte paleolítico más importantes de todo el mundo. La más famosa es la Cueva de Altamira, que para poder preservarla se ha cerrado al público, por lo que solo cuenta con una réplica exacta, pero artificial, por eso elegimos ir a las Cuevas del Monte Castillo, ubicadas en la misma provincia.

Recuerdo que llegamos corriendo, justo a tiempo para entrar, tras cruzar la puerta, estar ahí y ya siento una extraña fascinación en mi pecho por lo desconocido, la de antes de lanzarte a la aventura, la de comenzar un sueño raro. ¡En su interior recorría un laberinto de cuevas habitadas por humanos desde hace más de 150.000 años!, ¿puedes siquiera dimensionarlo? De inmediato comienzo a sentir un frío húmedo en la nariz, el espacio se oscureció, y otros guías platicando con otros turistas y todo sonido que provenía del exterior se apagó. ¿Has escuchado la sangre cuando corre por los oídos en este tipo de silencio? Yo solo seguí el callado grupo de pasos curiosos y excitados.

Hasta que llegamos a un espacio iluminado donde la guía nos reunió en círculo, era una gran cámara subterránea cuyas formas parecían seguir su propia lógica de crecimiento, como si respondieran a un diseño delicadamente planeado pero con la apariencia salvaje de formaciones rocosas cónicas que cuelgan del techo como estalactitas, o emergen del suelo como estalagmitas, o se fusiona la tierra y el cielo creando las columnas de ese palacio prehistórico, esculpidas a través de millones de años. La guía, en tono serio y técnico, un tanto memorizado, mencionó muchas cosas de esa cueva

que no escuché con suficiente atención porque mis ojos solo veían de un lado hacia otro, deteniéndome en un camino, en el enorme espacio en el techo, en aquella formación preciosa, o esa otra tan rara.

De esa gran cámara nos dirigimos a un pasillo, todo allí está lo suficientemente iluminado para no caerte, poco más. La guía iluminó con una linterna que llevaba en mano apuntando hacia la pared que teníamos adelante, cientos de puntos rojos del tamaño de mi mano en línea recta hasta donde terminada el pasillo de la izquierda. La pintura rojiza y su textura terrosa en la pared me recordó mi pigmento color barro cocido. Luego vemos lo que parecen rectángulos que tienen adentro cuadrados y más puntos rojos.

A veces llegamos a lugares de casi total penumbra, en medio hay una forma a medio dibujar y a medio esculpir de un toro, escultura de una estalagmita. Es un poco intimidante ver las grietas, al alzar mi cabeza, hay muchos metros hacia arriba, pero aquí no hay ventilación, las paredes de la cueva son enormes, y está llena de pasadizos secretos, o eso pienso para mí, mientras sigo al grupo con una sonrisa en el rostro. Bajamos unas escaleras, a un lado hay otra cavidad, como una cueva dentro de otra cueva, nos detenemos en la entrada, cuando la guía apunta hacia unas pinturas de una serie de manos juntas.

Nos quedamos todos un momento en silencio, todos los ojos entornados, paseando la mirada de una mano a otra. Luego la luz apunta un poco más a la izquierda, e ilumina el contorno de un bisonte pintado con ese mismo rojizo, un poco desvaneciéndose. Esta emoción que siento ahora no sé cómo describirla. Es tan extraño, tan nuevo, es la sensación del tiempo la que es diferente. Pero esto que estoy viendo es desconocido, y está bastante oscuro, así como el aire se hace más frío. El silencio apenas es interrumpido cuando la guía comienza a hablarnos del bisonte, de esas manos. Esto que están viendo fue pintado hace 40.000 años...

He estado regresando una y otra vez a esa cueva. Con el tiempo pensé que ese palacio prehistó-

rico es un paseo subterráneo por los orígenes de nuestro pensamiento simbólico y abstracto, con huellas humanas así de antiguas, algunos signos raros poseen significados que se han perdido en la memoria del tiempo, pero otros aún son reconocibles; animales como bisontes, caballos, ciervos, uros, cabras, un mamut... una suerte de bestiario que cohabitó con personas de otra vida, y el registro de más de 50 huellas de manos humanas juntas (Cabrera y Ceballos, 2005).

¿Esas manos de personas de verdad tan lejanas en el tiempo son tan reales como estas huellas frente a mí? Intento recordar cómo la gente de la prehistoria a veces es retratada como si no tuviese la suficiente capacidad intelectual, de abstracción y de lenguaje que nosotros, en mi mente están tan lejos. Hasta que entré a la cueva y vi el trazo tan fino y preciso de ese bisonte, y el gesto de las manos juntas, y el dibujo de la cabra sobre el hueso, e imaginé sus vidas ahí dentro.

Se considera que en ese periodo de la humanidad las personas vivían prácticamente sin jerarquías sociales; en grupos aproximados de 10 a 50 personas, moviéndose constantemente, no podían acumular riquezas, y cuando alguien tomaba el liderazgo, era gracias a sus habilidades o experiencia, su supervivencia como grupo dependía de su cohesión (Mark, J., 2026).

Mediante trabajo colectivo y en un espacio compartido sin divisiones, nuestra especie durmió, comió, cogió, compartió la cotidianidad, aprendieron juntos habilidades que les permitieron sobrevivir y que luego enseñaron a cada nueva generación, como cualquier otro mamífero. Los animales que temimos, que matamos y que comimos estuvieron vivos antes de que alimentaran nuestros cuerpos y por eso ocupaban un lugar en las paredes de nuestro hogar, no eran solo la lista del supermercado.

Algo pasó en el cruce de estudiar la maestría, hacer este proyecto y viajar a España. Experimentar tantos contrastes con la libertad de la exploración formal fue increíblemente enriquecedor, un desarrollo artístico estaba sucediendo a la par de un viaje geográfico e interno: lo que había sentido durante tantos años sin saber nombrar era una profunda necesidad de encontrar y construir lenguajes universales en la experiencia cotidiana, la universalidad en lo diferente, el punto de encuentro en la desconexión.

Fue entonces que regresé a México.

CAPÍTULO II

Estar aquí
(parte II)

Desde entonces vivo encapsulada en la bóveda de mi propia mente,
ya no te veo más como eres
sino como soy,
lo que no miro, no existe.

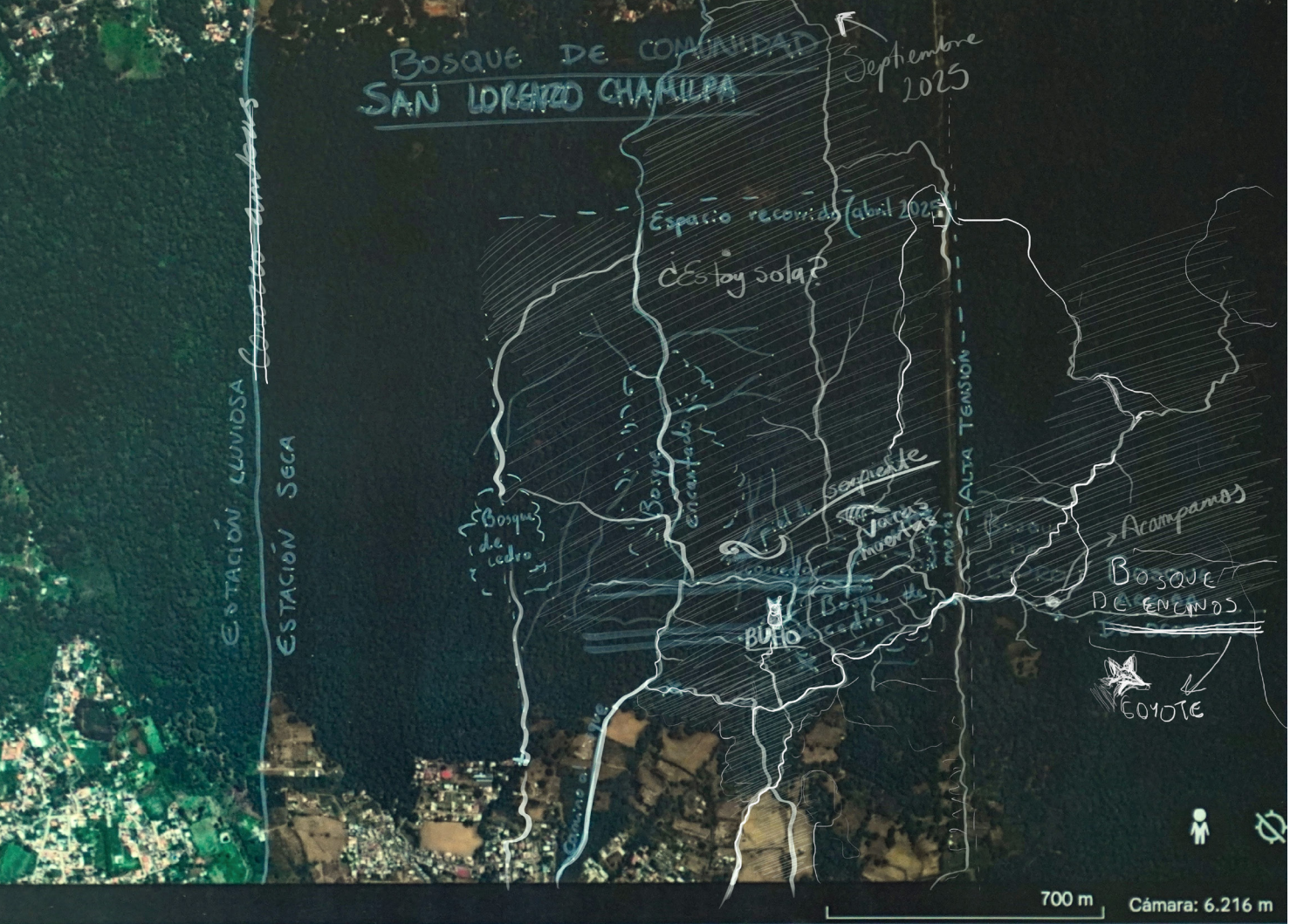
Tus ciclos me heredaron conocimiento que ya no sé usar,
y porque eres tan valiosa
no puedo vivir sin consumirte,

pero si sabías que tu equilibrio es frágil,
¿por qué creíste que yo sabría mantenerlo?,
¿por qué no nos detuviste cuando la primera semilla fue sembrada?
Nos hiciste desear vivir y luchar por la vida,
¿te ha gustado vernos matarnos?

Mi sudor se enfría
y mis latidos se aceleran
cuando la mente descubre que *yo* no existe

soy la ilusión que no pienso soportar
debiste saber que me creaste para adorar a *otro* Dios

Pero si las vidas que yo pueda apreciar
serán las que merezcan vivir,
por eso inventé otros ojos para verte.


BOSQUE DE COMUNIDAD
SAN LORENZO CHAMILPA
Septiembre 2025
Espacio recorrido (abril 2025)
¿Estoy sola?
ESTACIÓN LLUVIOSA
ESTACIÓN SECA
ALTA TENSIÓN
Bosques de cedro
Bosques encantados
Varias muertas
BUHO
Acampamos
BOSQUE DE ENCINOS
COYOTE
700 m
Cámara: 6.216 m

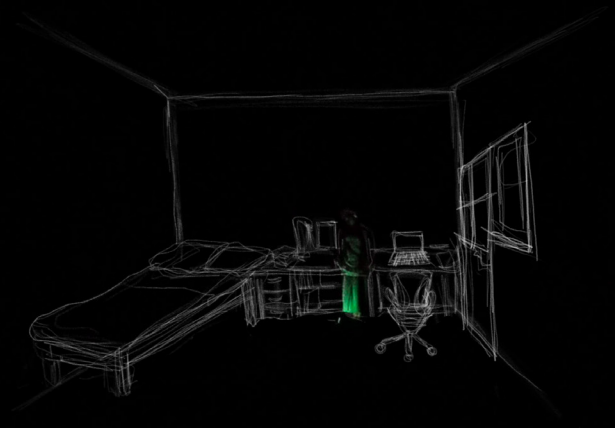


























Cuando mi cuerpo ya estaba comenzando a hibernar regreso al inclemente sol tropical, alto en el cielo, cuya luz blanca y dura me hizo sentir enferma durante las dos semanas después de mi regreso. Fue como si volviera de vuelta al verano. Estar fuera me hizo olvidar que aquí los árboles seguían verdes. Esa renovada curiosidad me llevó a seguir explorando el bosque de niebla y las altas montañas de mi estado natal, pero la maestría se encontraba en otro nuevo lugar, al que ahora me dirigía. De haber explorado diferentes ecosistemas en dos continentes distintos estos últimos meses, pasaría a profundizar el habitar uno solo.

Cuando me mudé a la región de Chamilpa, al norte de Cuernavaca, en Morelos (el lugar más lejano en el que había vivido de todo México) lo hice confiando en que este nuevo territorio me mostraría el camino a seguir, pero si la base del proyecto se encontraba en la relación directa con el entorno, en realidad no tenía opción. No sabía qué esperar, no podía predecir.

Llegué dos semanas antes de iniciar el segundo semestre, en enero, solo para establecerme con calma en este nuevo hogar. Vivía en un quinto piso muy cerca de la avenida principal que conducía a la universidad, había mucho ruido a todas horas, la discoteca de enfrente tenía sus bocinas prendidas hasta entrada la madrugada, y había una bodega de veinte tráileres justo atrás de mi edificio, los cuales empezaban su viaje antes de que saliera el sol, así que, desvelada, tenía que aceptar que ahora viviría de nuevo en otra ciudad.

Pero si apenas dejas la avenida principal y te metes a cualquier calle, este lugar ya parece un pueblo. Explorar no es algo nuevo para mí, la misma curiosidad que la de ver la Tierra desde lo alto del cielo, ahora me llamaba hacia dentro de ella porque sabía que un gran bosque de pinos y encinos estaba cerca, ese simple dato que me dio Google Earth tuvo mucho peso para decidir cursar un posgrado y mu-

darme tan lejos. A medida que subía por las calles inclinadas y el ruido de los carros y los negocios se fue aplacando, el nuevo silencio abrió espacio para escuchar los sonidos de otros habitantes. No esperé que esa región fuera apenas más grande que Huatusco, porque pasadas las últimas casas y los últimos campos de maíz comenzaba un lugar distinto, paralelo al ritmo de la ciudad, lejos de tanto ruido, de tanto movimiento, un paso tras otro, el tiempo pasa diferente.

¡No he dejado de ascender desde que salí de mi departamento! Pero en cuanto me canso de esta caminata cuesta arriba me detengo, elijo un lugar y me siento sobre las agujas de pino, puntiagudas y acolchonadas, que cubren casi todo el suelo que me rodea aquí. Entonces escucho el viento lento que mece las ramas y mueve las sombras tenues proyectadas sobre aquel árbol caído, que ya se está pudriendo, veo un pino ancho frente a mí, y a un lado y a otro, hay árboles, decenas, ¡cientos, quizá miles de pinos enormes! Como si supieran que yo iba a llegar, es tan cálida esta bienvenida. Nunca me habían visto estos anfitriones, pero enseguida siento que ya me conocen, por eso el viento se mueve lento, como alegrándose, y los ocotes viejos, los árboles más altos de todo este bosque, me hacen sentir protegida. Me doy la vuelta sobre mi propio eje, mirando todo lo que puedo a mi alrededor, como escaneando el lugar de un lado a otro, temiendo por un instante ponerme en peligro, pero deseando que esta larga imagen se quede en mi memoria. Todo el camino desde la entrada hasta aquí huele a esa frescura que ya he olido antes, propia de los bosques de pinos, el aire limpio tiene un aroma a resina, madera y hojarasca un poco húmeda, es tan placentero inhalarlo. Estoy ahí un largo rato hasta que me voy siguiendo el mismo camino de vuelta al departamento.

Entonces vuelvo a ir. Una, dos, diez veces.

El bosque me da mucha curiosidad, cuanto más me sumerjo más excitada estoy. Un día me doy cuenta de que hay algo particular en este nuevo silencio, que de repente noto que mi mandíbula se ha relajado, mis latidos están serenos, y mi respira-

ción rápida se ha vuelto más lenta y profunda. Sigo cuesta arriba, hasta que el bosque cambia un poco y ahora hay otro tipo de árboles cuyas hojas son grandes, son más bajos y angostos de diámetro, y eso permite que más luz llegue al suelo, cubriéndolo de diversa vegetación, hay lianas y enredaderas por doquier, todo es más verde, y hasta que la extrañeza de este nuevo espacio me recuerda que estoy muy lejos me detengo, doy vuelta atrás y me regreso...

Un día quiero explorar más el bosque hacia el noreste, aunque ya estoy un poco cansada de los muslos, los cuádriceps y las pantorrillas, quiero ver qué hay más allá, sin pensarlo mucho, solo sigo este camino porque es bello, lo único que deseo ahora es conocerlo. Hay pinos diferentes, estos son más pequeños que los gigantes ocotes, bajo ellos no crece casi nada, el verde se oscurece, contrastando con los tonos rojos en todo el acolchado que mis ojos ven de este a oeste, por sus diámetros angostos, estos cedros blancos han sido plantados por humanos. Oigo un ruido lejano de carretera y cuetes en algún barrio cercano, cerca de la entrada del bosque a veces se escucha hasta la misa. Después de unos minutos empiezo a sentir cansados los hombros, me detengo y busco un lugar para sentarme, traigo esta mochila con todo un equipo de videografía que ya he logrado comprar, saco la cámara, la enciendo, ajusto la exposición y comienzo a filmar el viento meciendo las ramas perfiladas por la preciosa luz cálida del amanecer. Hoy estoy como enamorada.

Mi cámara ha estado conmigo tantas veces en estas caminatas, que se siente más una silenciosa compañera que una herramienta. Vuelo nerviosa el drone simulando ser el vuelo lento de un ave dentro del bosque, y con la cámara me detengo en las flores circulares, en la geometría fractal de la telaraña a contraluz, que se replica a diferentes escalas, conteniéndose, el patrón de crecimiento de la piña del ocote, el sistema nervioso de la hoja se parece al mío, y a través del movimiento de la cámara simulo

ser el insecto que sube este gran árbol. Caminar aquí tiene un matiz distinto a otros lugares donde haya estado, no sé si son estos árboles gigantes o la peculiar sensación de estar aquí tan sola, o si es el verde que es muchos verdes, o haber visto el búho quince metros sobre mí, cuando me detuvo en seco y me clavó sus ojos, observándome, intimidándome, ningún animal me había hecho sentir tan diminuta y vigilada, aún en la distancia, o quizá es este aroma a madera, o la ausencia de ruido, donde todo está vivo a pesar de estar tan quieto.

Camino en el bosque porque es un buen ejercicio cardiovascular que me hace sentir serena, pero no es solo eso. Últimamente estoy yendo a tomar fotografías y filmar una narrativa audiovisual que estoy situando aquí, un diálogo que fluye de la visión de la naturaleza a la visión humana... Tomar la cámara me obliga a detenerme un momento, así es más fácil ver. Es que me obliga a recordar lo pequeña que soy, lo poco que observo, y cada día conozco mejor este bosque que comienza a sentirse parte de mi hogar.

Pero yo no vivo aquí, ésta es tan solo mi escapada, mi hobbie, mi excusa profesional. Hacer derivas en este bosque es como un juego que inicié por curiosidad, aunque ahora es una práctica que mantengo por el bienestar físico y emocional que me otorga, pero cuando recorrer este bosque es más cercano a visitar a un nuevo amigo que a conocer cada rincón del patio trasero, hacer derivas se convirtió en mi oxígeno.

A veces subo tan rápido como puedo, no me detengo esta vez, hoy necesito desahogar esta energía acumulada, que desde que desperté ya empezó un pensamiento tras otro, y ya pasé horas dándole vueltas a la misma idea, y ahora estoy muy ansiosa, respiro rápido, solo quiero cansarme... hasta que no aguanto las piernas de tanto caminar, me detengo y miro a mi alrededor por primera vez desde que llegué, con el corazón agitado respiro un aire tan fresco, me quedo quieta observando un largo rato, hay algo aquí que se siente infinito, está en todos los matices del verde, que nunca veo solo uno, está en la continuidad de los árboles que se pierden

en la distancia... Es un tipo de continuidad que solo un humano con su fuego, su máquina, su lenguaje o su basura fragmenta.

Y he visto bastante basura a pesar de que casi nunca veo a otras personas aquí. Sin saber muy bien por qué, empecé a recogerla, creo que me da algo útil qué hacer, ocupa mi mente y eso tranquiliza mi ansiedad. Así fui reuniendo muchas botellas de plástico, la mayoría son de refresco, seguidas de envolturas de dulces y frituras, botellas de tequila, licor de agave y vodka, y algunas latas de cerveza... Comencé a llenar varias bolsas de basura, pero no solo está ahí, en todo el camino al bosque, a la universidad, a la verdulería, a la tienda... ¡está en las barrancas que atraviesan toda la ciudad!, pequeños despeñaderos que nacen de las entrañas del bosque hasta que se vuelven cañadas que conducen agua que apesta a drenaje y lixiviados que la oscurecen, donde gusanos translúcidos, a quienes se les ve hasta el alma, se alimentan de lo que hay en el agua hasta que son comidos por gallinas y pajaritos que ahí llegan, hambrientos.

Hacía mucho que no pensaba en que estar viva implica tomar otra vida.

Lo que comemos, lo que vestimos, las diferentes herramientas y los muebles que usamos... todo estuvo alguna vez vivo, todos tomamos de otros, nadie es autosuficiente, pero el problema no es que nos necesitamos en cadena... caminar aquí y sacar la basura es mi terapia, me da algo valioso que hacer, para que deje un poco de pensar, es que las últimas semanas me estoy preguntando ¿qué sentido tiene lo que hago?, ¿para qué fin?, ¿por qué es suficiente hacer esto como artista? Entonces me siento, recostando mi espalda sobre el tronco de un árbol caído, poco antes del atardecer, y escucho el ulular grave de un búho cornudo, seguido de otro que le responde, más lejos, y solo sé que necesito más de esto en mi vida. No entiendo por qué podemos estar miles de especies juntas en el mismo espacio y estar tan bien, ¿por qué nuestra interacción no se vuelve abrumadora?, ¿será que los seres vivos se relacionan solo por supervivencia?, ¿solo en la medida en que se necesitan?

Siento que, a lo largo de los últimos años, he perdido una relación directa, simple y cotidiana con mi entorno, y se intensifica cuando vivo en la ciudad, como ahora, y muchas veces, aunque estoy, en mi habitación o en el bosque, no estoy ahí. Estoy en este otro lugar pensando, analizando, buscando los patrones que están a punto de revelarme la constelación... Hay bolsas de plástico desintegrándose en la tierra donde crece pasto y otras plantas, la bolsa transparente rota en pequeños pedazos está mezclada con las raíces de la hierba, me pregunto cuánto tiempo llevará ahí, deshaciéndose lentamente en partículas que se adentran, mezclándose, nutriendo a nueva vida, aunque sea con microplásticos.

Por eso si en el equilibrio natural todo se transforma, y como los árboles caídos, vuelve a reintegrarse a ese entorno, la basura es un ejemplo de las contradicciones de nuestra relación moderna con la naturaleza. Entendida como cualquier material que tras cumplir su función se deshecha, y que al mezclarse con otros residuos pierde la posibilidad de reutilizarse, la basura es una contradicción en el equilibrio natural donde nada es inútil. No hay otro animal que haya transformado la naturaleza en recursos que luego devuelve como basura al entorno y no es trivial que en el mundo se produzcan 30 millones de toneladas de basura al día (Vilchis y Jiménez, 2024). Creamos una práctica, y eventualmente un concepto, que no se corresponde con el ciclo de transformación natural, porque podemos convivir con algo que no terminamos por integrar, que solo está ahí, deshaciéndose lentamente en el bosque, en las calles, en las barrancas y en nuestros cuerpos.

Pero, ¿por qué sacar la basura del bosque cuando, tarde o temprano, también termina desintegrándose en él?, ¿para qué si va a terminar afectando a alguien igual, en el bosque, en la barranca, a cielo abierto o enterrada?, ¿o acumulándose en el estómago de un perro, una gallina o una vaca hasta matarla? Sin saber muy bien por qué, llega a mí la idea de recolectar un pedazo de tierra del bosque en cuya superficie se esté desintegrando algún tipo de residuo, como bolsas de plástico, luego busco

entre las botellas que ya he recolectado, las de tres litros son lo suficientemente grandes para que germine un árbol, y corto siete por la mitad. Llevo al bosque mis nuevas macetas que lleno con tierra y plásticos y busco piñas de ocotes y cedros blancos, pero agarro una piña y la observo mientras la giro con la mano izquierda, las semillas han de estar por ahí ocultas en algún lugar de esa preciosa geometría fractal. Es verdaderamente extraño encontrarme con otras personas, incluso después de 100 veces de haber venido, pero me alegra haber platicado un rato con Ricardo, un ganadero de la zona alta de Chamilpa, quien trae a sus vacas a pastar en el bosque casi todos los días, me cuenta que ha venido aquí desde que era un niño, hace 40 años...

Llego a mi departamento. Encuentro dónde se ocultan las semillas dentro de estas piñas y reúno cuantas puedo, selecciono las más grandes y mejor formadas, las siembro y rocío con agua, y así comienzo a registrar lo que pasa. La basura formará parte de nueva vida, lo humano se fundirá con lo natural en una continua contradicción sin fin... siento que este es otro tipo de relación con el ecosistema, desde el concreto de mi cuarto que necesita un poco de tierra y hojitas verdes para que me recuerde que este espacio que es mi hogar es para seres vivos. Tomo la piña más cercana en el suelo, está un poco inmadura, así que pasan al menos siete días para que pueda secarse en casa y ahora es beige, cuando me detengo en sus rombos que la forman de arriba abajo, en medio de cada uno veo el dibujo de un ojo con pestañas largas, el dibujo, como trazado por una persona, atrapa mi atención, es una obra de la luz, del agua y del tiempo.

Han pasado ya once días desde que sembré semillas de ocote y cedro blanco. Aún no han germinado, supongo que me impaciento por lo que necesita más tiempo para nacer. En cambio, pequeñas y diversas hierbas están surgiendo entre pedazos de plásticos, pasto y monte que los agricultores podan para sus siembras, y recuerdo lo que Theodor Adorno escribe en su *Estética*, sobre cómo lo

que entendemos por naturaleza es un concepto totalmente humano, idílico y enmarcado por el pensamiento de cada época (2004). Lo que quiero ver germinar y entrelazarse con la basura son los árboles que sembré, ni siquiera había considerado que crecerían otras plantas. Sigue siendo mi deseo mi lente con el que veo cuál es la naturaleza que importa y cuál la que no necesitamos.

A veces siento dos formas de conocer que me llevan por lugares emocionales casi contrarios, la necesidad de relacionarme físicamente con el entorno y la necesidad de reflexionar a través del lenguaje... no me estoy cuestionando si es posible vivir o no sin plásticos, porque ya están aquí de todas formas, en casi todos los productos de consumo cotidiano, pero en esta ciudad tampoco hay un adecuado mantenimiento ni administración de la basura. El mismo residuo puede tener una velocidad de degradación muy diferente si se somete a un proceso de composteo, si llega al mar, o si se deposita en un relleno sanitario o en tiraderos a cielo abierto, donde debido a la falta de oxígeno, la basura se transforma en metano, el segundo gas más potente en atrapar el calor de la atmósfera, causando gran parte del calentamiento global. En la urgencia por explorar el universo, hoy hay basura hasta en el espacio (National Geografic, 2022).

Pero mis ojos están tan cansados por trabajar todo el día mirando la computadora, que no pienso en más que en ir a ver al bosque ahora, subiendo percibo que algo está cambiando, los árboles que conducen el camino hacia dentro se pinta más verde, en sus hojitas nuevas, y en los pastizales secos que están reviviendo. Hoy camino por al menos una hora continua, sin detenerme, me alejo del sendero principal, hasta que todo crece sin haber sido domado y me golpeo continuamente con ramas al caminar, confío en que si me adentrara aún más sabría cómo salir de aquí, luego me siento junto a un gran ocote que no tiene ramas secas. Escucho más sonidos de animales que otras veces que he venido, muchas aves e insectos que no logro ver están junto a mí. En la telaraña y la piña del ocote, los patrones fragmentados en la escama y en la celda

tejida están contenidos en algo más grande.

A pesar de que hay más sonidos, todo se mantiene igual de inmóvil sin viento.

Una vibración grave y continua proviene del cielo, levanto la cabeza, aunque no puedo verlo, de tantas veces que lo he escuchado, sé que es un avión. Algunos pájaros bajan a las ramas cercanas, pero nunca demasiado, en el suelo las hormigas negras caminan en fila cargando su alimento sobre la espalda, en las ramas altas de un ocote una ardilla corre con prisa hasta saltar a otra rama y perderse en la distancia, como si alguien la persiguiera. Además de ocotes, en esta zona hay muchos encinos, una rama llega hasta donde empieza otra, a los troncos torcidos les crece musgo sobre la corteza, hay lianas que caen y se enredan entre los árboles, la vegetación se vuelve más densa.

Aunque todo esté tan quieto, y aunque no haya otra persona aquí, a un kilómetro a la redonda, no me siento sola, ni temerosa. Cuando lo que me mueve es esta curiosidad por conocer qué hay más allá, y cada paso firme contiene un agitado latido, con los ojos atentos a lo que está enfrente, yo también me siento un animal del bosque. Veo al tronco hacerse tierra, como si cada cual supiera donde está su lugar, volviendo a nutrir este gran ecosistema. Junto a ese tronco hay otro más, postrado, en el que recargo la espalda. Me quedo así observando, necesito un momento para comenzar a percibir que algo en mí está asentándose. Solo así escucho más pajaritos cantar, el descenso del sol llama a las aves de vuelta a casa, y esos árboles enormes sobre mí... creo que me hice adicta a esta forma de libertad, sola en esta vastedad salvaje sin humanos.

Esta vastedad donde los árboles no tienen fin. La relación de mi cuerpo con el espacio me hace tan pequeña, ellos me acobijan, silenciosos, quietos, como una gran multitud de personas, una cada 3 metros. Han estado aquí por tanto tiempo, siempre los mismos árboles en el mismo lugar, junto a los mismos otros árboles que siguen aquí. Algo me golpea en la pierna, me altero de repente, entorno los ojos y veo un pedazo de piña de pino sobre las agujas del mismo, que suavizan el suelo, volteo

hacia arriba y encuentro una criatura, ¡una ardilla está comiéndose la piña! La veo un rato, luego veo las ramas y sus hojas, que terminan cuando tocan las de otro árbol, sin extenderse más allá. Veo las ramas de junto, y es lo mismo. Observo el árbol de la izquierda, es otro ocote el que apenas roza las ramas del primero, como si comprendieran que si avanzaran más le quitarían nutrientes a otro árbol, como si hubiesen evolucionado para entender cuándo detenerse. Veo a su derecha, y un poco más allá, y en todos ocurre lo mismo.

De la nada escucho pasos acercándose, todo mi cuerpo se alerta por instinto, volteo y entre veo una criatura a unos veinte metros de distancia, seguro es un perro, camina a cuatro patas, es marrón, parece estar buscando comida, lo sigo observando, hasta que algo en su cara alargada, en sus grandes orejas puntiagudas, en sus ojos dorados y en la forma en que se está moviendo ahora, sigiloso, rozando apenas la hojarasca con sus patas...

Este animal no es un perro. De repente cruza sus ojos con los míos, contengo la respiración, excitada, quizá porque no cambia su postura es que no siento miedo, en cambio se aleja, hacia su derecha, pasando en frente de mí, sin apartar su vista de la mía, hasta que cruza la barranca que hay a un lado y lo pierdo entre los árboles. Es la primera vez que veo un coyote.

Después de trescientas veces viniendo a este bosque veo un coyote. Un depredador que me vio, sostuvo la mirada y huyó.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que saco mi bastón retráctil y lo sostengo con fuerza en la mano, así empiezo a moverme fuera de esta zona densa, hasta que llego a un camino trazado para vehículos, más adelante un ocote caído atraviesa de un lado al otro el sendero, ya está pudriéndose, tiene agujeros aquí y allá como las grandes rocas de las montañas del norte de España. Sigo bajando por todo este camino principal hasta que llego a un cruce de tres

caminos que conozco muy bien, mi entrada favorita del bosque, donde el espacio más amplio entre los árboles permite apreciar claramente su tamaño, relativizando de nuevo el mío.

No puedo creer que haya visto un coyote aquí, que solo se haya ido, como si no tuviera intención de hacerme daño, estoy atenta a cualquier movimiento, a cualquier ruido, una y otra vez escaneo mi entorno para saber si estoy a salvo, yo sé que criaturas más peligrosas recorren estos senderos. Veo una nueva mancha de cielo descubierto que la ausencia de árboles de treinta metros ha dejado, cuando distingo la salida me volteo hacia atrás, todo sigue tan quieto, pero ya está oscureciendo, y me quedo observando al bosque un momento, ya no para escanear si hay peligro, solo quiero verlo, como despidiéndonos, cada vez que debo regresar a mi departamento, aunque mi verdadero hogar sea el que estoy dejando.

Piso huellas de motos mientras sigo el sendero abajo y escucho el zumbido grave y continuo de vehículos en la carretera cercana, a dos kilómetros de aquí, me cruzo con residuos de plástico y tela, láminas, electrodomésticos, tubos, carrocería, azulejos, botellas, más bolsas desintegrándose en la tierra... Grillos y cencerros de vacas se acentúan cuando llego a otro cruce de caminos, con sus frondosos árboles enormes, el bosque ha quedado atrás, ahora estoy en el campo. Me detengo junto a la cerca de piedras que me separa de un amplio terreno que una vez fue un bosque rebosante de pinos y que hoy es propiedad de alguna persona, sobre el fondo azul del cielo vespertino parpadean las luces cálidas de la ciudad. A esta distancia es hermosa.

Sigo la cerca cuesta abajo, oigo crujidos metálicos cuando frena un auto adelante, hasta que llego a un camino de terracería, donde comienzan las últimas casas. Percibo ruidos que no reconozco en la distancia, paso junto a patios delimitados con residuos, después llego a una calle pavimentada con alumbrado público. Apenas comienzo a caminar ahí cuando de inmediato se desata un irritable ladrerío de perros, están encerrados todos en

sus casas cercadas, donde no me pueden ver, pero cualquier sonido los altera, ¿cuánto tiempo llevarán ahí adentro sin mucho espacio para moverse?

Insectos, televisores encendidos, la carretera ya es ruido blanco, más que cerradas, estas propiedades están amuralladas, pocas son las ventanas que dan hacia fuera, y como los troncos caídos que dejé atrás, carros estacionados en las calles llevan años pudriéndose. Aparte de mí, no hay nadie más aquí, pero apenas paso junto a un portón ya se desata una serie de ladridos rabiosos, así voy bajando este pueblo. En la cancha de futbol juegan unos muchachos, a veces cruzo miradas rápidas, a veces saludo. Automóviles se mueven sobre la calle, su movimiento genera ruido, la oscuridad justifica las luces y ya no son cinco sino cincuenta autos los que pasan a mi lado, en la avenida principal.

El ruido chirriante, aleatorio y abrupto ahora proviene de todas partes, es mucho para distinguirlo, el agudo escape de las motocicletas irrita los oídos, aquí hay muchas más personas, aunque a ninguna conozco. Muchos voltean su mirada apenas se encuentra con la mía, algunos la sostienen, a veces es fría, a veces amable, a veces lasciva. Prefiero ponerme mis audífonos y caminar dentro de una burbuja que sí controlo, porque se tensa mi mandíbula, y sin saberlo, también mi suelo pélvico, cuando voy a cruzar la avenida y los carros avanzan sin mucha intención de detenerse, pero no quiero correr por lo que debería ser mi derecho, ya me muevo y miro a otro ritmo, y no soy la única que decide retraerse a otro mundo.

Los que no van con audífonos ni teléfono en mano, interactúan para comprar o vender algo, y a menudo muchos van con prisa, los trabajadores atienden un cliente tras otro, sin parar porque no se dan abasto, sea en la taquería, en la panificadora o en el supermercado. Al otro lado de la caja de cobro, esos ojos que ni siquiera verán los míos están cansados, otro aullido agudo de motocicleta me acelera el corazón cuando el conductor maneja tan rápido como para matarse, veo en otros rostros la misma ansiedad que este ruido me provoca. Pero al menos aquí pasa algo, en otras colonias ni siquiera

hay personas en las calles, aun cuando una casa sea vecina de otra, durante cuadras enteras solo autos cerrados se mueven hasta entrar en otras cuevas más grandes con altos muros que no dejan ver más allá.

Continúo caminando hasta llegar a la entrada de mi casa, abro la puerta exterior y hay tres chihuahuas ladrándome que ya me han mordido antes, así que, sin quitarles la vista, los ahuyento mientras cruzo el jardín que me separa de los caseros y entro a mi cuarto. Rento uno de cuatro pequeños departamentos con una cocina, una habitación y un baño. A un lado del cuarto hay una puerta y una pequeña ventana que dan a un pasillo pequeño que conecta a las cuatro habitaciones, dos abajo, dos arriba, yo vivo en el departamento izquierdo de abajo. Ese pasillo para mí es particularmente extraño, en otra época sería nuestro punto de encuentro, ahora solo es un pasillo con ventanas cerradas donde nadie interactúa.

Apago las luces y en su lugar enciendo una lámpara cálida de noche, abro mi computadora, aparece la imagen de un paisaje japonés que jamás había visto, continúo pasando en limpio mi bitácora escrita. Está oscureciendo. Escucho a mi vecina de arriba mover muebles, hablarle a su gatita, cambiar de *Tik tok*. El refrigerador hace un zumbido grave que me irrita de pronto y lo mantiene a lo largo de la siguiente hora hasta que siento los ojos secos, con mi vista enfocada en la pantalla, parpadeo poco. Miro objetos lejanos en la habitación para cambiar el enfoque, bajo el brillo de la lap top, continúo pasando reflexiones de esta indagación, intuyo que no es tan distinta la pérdida de relación humana con su entorno natural, de la que existe con otros seres vivos, e incluso con su misma especie, miro por la ventana que da al pasillo.

Aquí vivimos cuatro extraños, sigo oprimiendo teclas de plástico frío, aunque pensándolo bien, más que extraños, somos fantasmas. Para reconocer a un extraño tengo que mirarlo primero, a un fantasma nunca lo veo, solo escucho su tele encendida en el canal 7, todas las mañanas hasta entrada

la tarde, a otro lo habré visto un par de veces hace medio año, después de un rato me froto los ojos con las manos, ya me cuesta enfocar las letras en la pantalla, siento los párpados pesados, me asomo por la ventana, el cielo ya está totalmente oscuro, la única fuente de luz proviene de los otros cuartos que me recuerda que vivo junto a más personas, sé a qué hora se despiertan, y a qué hora se bañan, sé qué música les gusta, los escucho riendo, hablando con sus seres queridos. Pero cuando apenas recordamos que existimos, ¿cómo podemos estar cohabitando el mismo espacio? Podríamos seguir así por años, podría nunca reconocer sus rostros. Recuerdo cuando vivía en la cabaña de bambú y siempre que necesitaba comprar algo en la abarrotes tenía que pasar por medio rancho, saludando a cada una de las personas con las que me cruzaba, me molestaba la costumbre del pueblo en ese entonces. Volteo a ver mi habitación, es un cubo blanco, hay una cama individual, un escritorio y un armario, podría ser el cuarto de quien sea.

Tomo el cable negro que conecto con el disco duro que conecto a la lap top, y busco la carpeta con los archivos de fotografía y video que he estado tomando los últimos dos años de este trabajo, es mi bitácora audiovisual. Reviso y organizo con calma los videos, borro malas tomas y aquellas muy parecidas, y me detengo en el ojo del drone. La curiosidad me hizo observar desde la distancia que yo no puedo, cuando los árboles enormes se han vuelto manchas pequeñas en la pantalla.

Pero ¿qué dicen estas imágenes sobre el equilibrio con el que se transforma la vida del bosque?, ¿sobre lo que sentí al estar frente al coyote?, ¿sobre por qué reaccionó así?, pero hay algo hipnótico en ver desde otra escala, desde otro ángulo, a otro ser vivo, comunicándose con otro distinto, algo sobre volver a visitar el bosque en estos videos que me vuelve a cautivar, que necesito comprender. Algo incómodo en que hace unas horas estuve en la experiencia real y ahora esté en su representación.

Comienzo a dibujar digitalmente sobre una fotografía, con el lápiz de plástico acentúo, borro y manipulo algo oculto bajo la superficie de la imagen, dentro de ella sentí el corazón latiéndome agitado mientras el sudor bajaba por la frente y la espalda, y mis ojos absorbían luz directa del sol transformada en múltiples verdes. Busco en otras fotografías los registros de cómo habité otros territorios, pero no es solo que el bosque, el volcán y la playa se hayan convertido también en una carpeta de archivos dentro de un disco duro. Recuerdo que así como esas lejanas pinturas abstractas no muestran el tiempo y la presencia contenidas en ir a recolectar el barro en el cerro y molerlo una y otra vez hasta hacerlo fino pigmento en polvo, antes de presionar el botón, mi atención dentro del bosque se expande, y mis sentidos despiertan, paseándose del tronco a la ardilla, del hongo a la liebre, del calor del sol a la tierra húmeda sobre la que caminan insectos que ni siquiera sabía que existían, la atención se distribuye en sus seres vivos, pero siento los ojos más secos, y cansados, dejan de ver la pantalla de la computadora y me volteo hacia el cubo blanco, igual de frío, silencioso y estático que siempre.

Pero absorta con las imágenes, lo que mis ojos alcanzan a ver en esta habitación pierde relevancia. Escribir, fotografiar, filmar, dibujar, editar videos, contar historias, cada práctica toma una parte de la experiencia que viví hasta transformarla, reconstruyendo el mapa de una relación perdida. Muevo la cabeza hacia el techo y luego hacia las paredes blancas, hasta que la pantalla se apaga de pronto, dejando un espejo negro en el que me veo reflejada. Apagada deja de tener sentido, como si una ilusión terminara, trayéndome de vuelta aquí. Pero pienso que quizá es porque crecí en un entorno semi rural, poco globalizado, o quizá porque es bastante reciente producir y consumir cotidianamente fotografías, videos, mensajes, publicaciones, imágenes que median la percepción de la experiencia real, que esta época me parece particularmente violenta, hasta alienar a quien dispara un drone en la guerra.

Pero cuando la muerte se vuelve una imagen abstracta dentro de una pantalla, ¿cómo interactuamos con el mundo cuando dejamos de estar en relación directa con él?, ochenta páginas de reflexión escrita intentando comprender la raíz de una separación no han sido suficientes para entender que necesito escribirlas para procesar el pensamiento hasta hacerlo corporal. Pienso en esa separación, ¿separatidad?, recuerdo haber leído ese concepto sobre la condición en la que nos concebimos como seres separados a la realidad que observamos, separándonos de nosotros mismos, de las personas, de la naturaleza y de la divinidad, para Erich Fromm ésta era la principal causa del sufrimiento y la angustia humanas (1956). ¿Será por eso que cuánto más quiero entender la raíz de esta separación, delimitar lo que soy de lo que es mi entorno solo me hace sentir más contradictoria?, ¿será ésta una condición únicamente humana?, ¿que ningún otro ser vivo carga con esta consciencia de sí mismo?

¿Que sea imposible entonces conocer la naturaleza de verdad? Mientras lo que conozca sea solamente la idea de naturaleza surgiendo en mi mente, ¿cómo puedo ser parte de lo que nombro si lo nombro porque me identifico diferente a ello? Recuerdo haberme confrontado con esta idea planteada por el filósofo y agricultor japonés Fukuoka Masanobu (2011), y si solo conozco a la naturaleza dentro de los esquemas de percepción que mi sociedad me ha heredado, eso explicaría las dos definiciones que hay del concepto naturaleza, contradictorias entre sí. Si es toda la realidad material, independiente de la actividad e historia humana, extendida por la tradición judeocristiana: "Y los bendijo Dios, y les dijo 'Fructificad y multiplicaos; henchid la tierra y sojuzgadla; y tened dominio sobre los peces del mar, y sobre las aves de los cielos, y sobre todas las bestias que se mueven sobre la tierra'" (Génesis 1:28). Pero la naturaleza también ha sido comprendida como el conjunto de todo lo que existe y que está determinado y armonizado dentro de sus propias leyes, es el centro de la vida

misma y la transformación, una interpretación inherente a algunas de las tradiciones espirituales de Asia, como el taoísmo o el budismo (Ducarme y Couvet, 2020), dependiendo del entorno religioso y social en que nacemos el primer filtro para percibir lo que primero nombramos natural. Quizá solo un bebé pueda ver claramente, antes de que su condicionamiento cultural comience y se confronte continuamente con una realidad que nunca es del todo la que nombra, la que piensa.

Pero ¿qué tal si esta separación comenzó mucho antes de las religiones actuales?, en el nacimiento de un complejo lenguaje, conciencia, imaginación creativa y capacidad para la innovación tecnológica desconocidas hasta entonces en la naturaleza (Gutiérrez, 2013), lo que nos distingue del resto de animales. La habitación moderna no es tan distinta de la cueva prehistórica, un refugio para sobrevivir, una cueva donde convivía toda una tribu... pero ¿cuánto habremos cambiado como especie en los últimos 40 mil años como para no reconocer hoy a mis vecinos?, ¿seguiremos teniendo los mismos ritmos biológicos, los mismos instintos y necesidades que entonces?, quizá el fuego nos dio la luz y el calor dentro de una cueva en penumbras donde pudimos tener más tiempo para pensar, pensar a través de ese lenguaje lentamente perfeccionado.

Pero ese lenguaje propiamente humano también surgió de la relación con el entorno, gracias a las relaciones sociales afectivas, asociadas al recolectar y compartir alimentos durante el paleolítico (Maturana, 2003), socialización que se intensificó con la agricultura, al seleccionar y cultivar semillas de formas específicas, habituarnos colectivamente a un trabajo y a un ritmo de vida mediado siempre por los ciclos estacionales.

Fue esta relación con la naturaleza y entre la misma especie la que promovió el ambiente para transformar el lenguaje en escritura, que nació como un sistema contable para registrar el almacenamiento y distribución de los alimentos, la primera forma de riqueza acumulada, alrededor del 3100

a. C. en la antigua Mesopotamia, hoy Irak (Ruiz et al., 2010). En parte debido a la escritura, es que las sociedades se fueron haciendo más complejas y nacieron las grandes civilizaciones, cuyo esplendor tiene menos de seis mil años (Mark J., 2026). Pero si el lenguaje promovió un progresivo desarrollo cultural más rápido que nuestra evolución biológica, ¿en qué medida la relación, domesticación y transformación de la naturaleza fue el comienzo de nuestra desconexión?

Y si la forma en que describimos la realidad termina por convertirse en la forma en que habitamos la realidad, el pensamiento lingüístico desde el que filtramos el mundo determina toda una estructura de relaciones. Y si naturaleza es un concepto que encierra una interminable dualidad que nos contradice en esencia, ¿por qué seguir usando ese concepto como si pudiéramos señalar el lugar exacto donde empieza y termina, separando lo que en la experiencia está unido?, las mismas preocupaciones que tuvo el filósofo Arne Naess pasan por mi mente de pronto, ¿por qué pensar y enfrentar aisladamente un problema ecológico fuera de un contexto sería una solución real? (1989).

Quizá por eso se inventó la palabra ecosistema, para abarcar algo más cercano a la experiencia, un conjunto de especies que habitan un espacio y que interactúan mediante diferentes procesos, entre ellas, y con su entorno. Dependen los unos de los otros para sobrevivir, hasta que al desintegrarse forman parte del ciclo de energía nutriendo nueva vida. Gracias a ese ciclo continuo es que cada ecosistema existe. Y éstos, a su vez, garantizan el frágil equilibrio de la vida en todo el planeta, porque regulan un ambiente sano, produciendo recursos, y sosteniendo a quienes lo habitan, no solo para mantenerlos vivos, sino contribuyendo en su bienestar. Pero dentro de la gran diversidad de ecosistemas que existen en el mundo, las ciudades, que conforman el ecosistema urbano, son el único que amenaza directamente la existencia de otros ecosistemas (Armenteras, 2016).

¿Qué tal si no es solo el lenguaje la raíz de esta separación condensada en la urbe moderna?, ¿qué tal si basta con analizar mi propia relación con el ecosistema para darme cuenta de que la ciudad no es tan diferente del rancho, ni del bosque? Porque nunca es solo uno quien vive ahí, siempre hay al menos dos, que han sobrevivido y evolucionado juntos por millones de años. Pienso en la ciudad, ya no como un problema ecológico, sino como una particular forma de habitar el mundo, ¿por qué me siento distinta en el bosque?, ¿qué cambia en la ciudad?, ¿y si para sobrevivir en este entorno hostil, en el que aun junto a tantas personas me siento aislada, mi atención necesita ser diferente?, como si la transformación del ecosistema transformara la estructura de mi atención, ¿cambiar de ecosistema es cambiar el estado mental?, ¿qué le pasa entonces a una mente que crece cada vez más lejos de los procesos vivos?, ¿cómo puedo estar tan rodeada de estímulos y tener cada vez menos encuentros? Hasta que el mundo con el que me relaciono se convierta en archivo, representación o concepto, y mi conciencia quede progresivamente encerrada dentro de sí misma, desanclada de la experiencia real.

Solo así puedo pensar que llevo muchas páginas y días intentando comprender la experiencia de habitar el bosque, aunque hace mucho que dejé de estar en él. Podría analizarme por mucho tiempo más, leyendo, reflexionando o investigando conceptos para entender, y aun así nunca estar tan cerca de habitarlo de nuevo, como cuando estuve ahí. Y si ya no soy más un animal que recorre el bosque, me convierto en una mente hiper analítica que desea entender aquello de lo que solo se aleja cada vez más, y me vuelvo adicta a pensar lo que alguna vez viví, hasta que ahora, que ya solo pienso, ¿solo así existo?

Pero escucho gotas que empiezan a caer del cielo, chocando con el suelo del pasillo, interrumpiendo el curso de mis pensamientos, solo así veo mi reflejo en la pantalla apagada, y recuerdo la ropa

tendida en el patio, salgo por ella sin pensarlo, y ahí está mi casera, tiene arrugas por toda la cara, la misma cara seria de siempre, un pantalón suelto azul, está recogiendo su ropa también. Pero algo en sus gestos cambia cuando me dice '¿Ya viste los pajaritos?', yo tardo en reaccionar, volteo al nido afuera de mi cuarto, que ella señala con su vista y veo a tres pequeñas crías, sin plumas, que aún no han abierto los ojos. Arriba del jardín están volando dos golondrinas adultas, de inmediato lloran las crías, sus chillidos son agudos, se acerca una volando y le da algo a la pequeña de en medio, que abre su pico dejando entrar la comida. La señora sonríe y me mira, también se enternece por ver lo que estoy viendo. Solo porque las veo con curiosidad cada día es que sé que les tomará tres semanas llegar a la madurez y volar, aunque continuarán durmiendo juntas varias semanas más. Yo le sonrío de vuelta a la señora, sin saber muy bien por qué, hay algo cálido en estar aquí, a pesar de que comienza a brisar más fuerte, y cada una regresa a su casa.

CAPÍTULO III

El otoño se sentía ya con una luz diferente, salió el sol después de casi un mes de constantes nubes y lluvias, el gris se volvió más dorado. El sol hizo algo en mi cuerpo, salí de la cueva mental a la que había entrado.

Entonces nos enteramos de que es totalmente seguro que expondremos nuestra obra en un jardín, primero el del Museo Juan Soriano, después el Jardín Borda. Si lo pensamos, de hecho, la agricultura, ese gran hito de nuestra humanidad, comenzó como un enorme jardín forestal, un espacio salvaje que a través del diseño y el cultivo se fue domesticando hasta sus diversos usos actuales. Como espacio público desatendido, el jardín es un artificio humano por su diseño, pero uno de los pocos espacios dentro de las grandes urbes que ofrece la posibilidad de relacionarnos con los seres vivos. Mi propuesta parte de repensar los espacios naturales públicos dentro de la ciudad para el bienestar ecosocial, porque es aquí donde se concentra la mayoría de la población, que más necesita la interacción con la vida.

Manuel de la Borda y Verdugo, amante de la botánica y la horticultura que mandó a traer plantas de Europa y convirtió la casa de descanso en Cuernavaca en un "jardín botánico". Aunque se dice que es un jardín botánico en las páginas web oficiales del estado de Morelos, no lo es, porque no fue un jardín diseñado para conservar plantas en un sentido ecológico, con una adecuada organización y taxonomía, porque surge en el siglo XVIII, mucho antes de que la conservación silvestre fuera una preocupación. Pero sigue siendo un espacio para reconciliar a la sociedad con la naturaleza. Uno de los pocos espacios verdes en el centro de Cuernavaca.

Luego fui al Jardín Borda a observarlo, vi el diseño de los jardines, lo boceté en mi bitácora, intenté reconocer algunas plantas y árboles y su relación dentro de cada pequeño micro clima o micro

ecosistema, así fue como llegué al jardín del fondo, claramente abandonado, vi un potencial en su desuso y desatención, vi basura de cristales y plásticos tirada en el jardín, macetas de plástico y de barro cocido tiradas sin usar, arboles con plantas parasitarias, un árbol enfermo que ya estaba secándose por dentro, y con plagas. Estoy desempolvando conocimientos en desuso que una vez fueron muy útiles, ahora regresaré a trabajar con la tierra, ¡con la tierra!

Como la basura, el jardín público es otro ejemplo de las contradicciones en nuestra relación con la naturaleza, desde lo socioeconómico, un jardín sucio, descuidado, habla de pobreza, su tamaño y exuberancia habla de poder, y refleja cuantas personas lo trabajan, es decir, cuantas horas de trabajo implica mantenerlo, en las ciudades tiene el rol de mejorar la calidad de vida de las personas, donde se recomienda que lo mínimo por persona sean 9 m2, lo cual está lejos de cumplirse en Cuernavaca, como en muchas de las grandes ciudades de México.

Si se mantiene limpio es porque su imagen importa, está pensado siempre para el uso humano, no para la conservación de la vida silvestre y animal, a menos que fuera un jardín etnobotánico, es decir, es otra forma de dominación de la naturaleza para el beneficio y disfrute humano. Es uno de los pocos espacios en la ciudad creados para el disfrute de los sentidos, para relacionarse con la naturaleza, es un ambiente que promueve la reflexión, meditación, la atención plena, la curiosidad por la vida, la paciencia. Y es un sistema que involucra las relaciones entre personas, plantas, árboles, insectos, aves, roedores, la lluvia, la tierra, el aire y el sol.

La basura, yo y el jardín somos más similares de lo que creía. La misma contradicción está dentro de cada uno. Cada relación, cada hallazgo, cada elemento, cada suceso, cada forma de vida es importante. Algo que surge en la sociedad y huye de todo porque lo esencial está perdido, y se dirige a un lugar aparentemente muy solitario que es la mente, y en esa prolongada soledad aparente en la que me encuentro, encuentro que no estoy nunca

sola, estoy siempre acompañada porque todo está tan vivo, aun cuando muere alimenta otra forma de vida. Me fui, me aislé para regresar, para unirme a mi especie.

Tengo que repensar la pieza para el Jardin Borda, ensayando ideas, con la ayuda de mis profesores ver que las prácticas artísticas realizadas hasta ahora me reclaman acción con el entorno, eso me lleva a pensar en el arte relacional como la forma más precisa de mantener viva que la ciudad es también un ecosistema. Trabajo colaborativo restaurando una jardinera concreta, lo que implica convocar a personas en diferentes entornos, invitando a diferentes grupos en la universidad, haciendo un video y compartiéndolo en redes sociales, haciendo la manta, colgándola en el espacio concreto a intervenir, más adelante elaborando la libreta artesanal, y la restauración en sí misma, así como la documentación audiovisual de todo el proceso gracias a Zahid.

Dentro del arte relacional, como artista soy colaboradora y coproductora de situaciones, proyectos mantenidos a largo plazo por varias personas, por lo que la autoría es colectiva, es un arte que depende de la experiencia de primera mano sostenida en el tiempo, donde el proceso es la pieza, y la colaboración consensual es incluso más importante que lo que realmente se logre. Si el propósito es repensar el arte como el medio para crear nuevas relaciones entre personas, y entre éstas y su entorno natural, canalizar su capital simbólico hacia el cambio social constructivo es el objetivo más importante. Es lo más intimidante que he hecho hasta ahora, nada me coloca más lejos de mi zona de confort que lo que requiere de mí esta pieza.

¿Qué es lo artístico del jardín? la naturaleza es el lienzo y la pintura, los materiales y el soporte, es arte vivo. El arte ecológico es una forma de conocer e indagar, la creación de la obra es un camino hacia un tipo de conocimiento. Pensar en formas que no dañen al medio ambiente, que lo nutran. Plantear un enfoque integral de la pieza desde sus

características físicas y de integración social y mental, un espacio de intercambio y diálogo.

¿Cómo hacer esta pieza participativa? Incluir a las personas interviniendo de forma respetuosa e informada. Hablar con el director de ciencias agropecuarias, también con Biología, hacer y mandar oficios. Transdisciplinariedad entre Agronomía, Biología, Ecología y Arte. El proceso como la necesidad de conciencia ambiental profunda y cohesión comunitaria. Relación directa con la naturaleza. Ver a las personas con las que colaboro, tratar de entenderlas, escucharlas. La interacción de las personas constituye la obra en sí.

¿Cómo convocar a las personas? ¿qué materiales o medios usar para convocar a participar? ¿cómo adecuar estos medios al exterior? Que el material del que esté hecha la manta guía se pueda llenar de vegetación, que la naturaleza se "coma el soporte y lenguaje humano" en forma de sotobosque, pudrición, decoloración. Que la tela sea adecuada para exterior, donde la naturaleza haga simbiosis con el soporte. Usar pintura a base de agua, etc.

¿Cómo documentar todo el proceso? Filmar las conversaciones, el trabajo en equipo, la relación entre nosotros y la naturaleza. Dibujo a partir de fotogramas, registros de una acción, dibujar la conversación con las personas, cómo me siento, cómo se da la relación, la (des)conexión.

Por la necesidad de involucrar al cuerpo activamente en cada fase y aspecto de esta pieza, toda su realización implica un proceso de conexión entre mente y cuerpo. La manta, la libreta, la jardinería, la invitación, los aperitivos...

Llama mi atención tener que reescribir el discurso de lo que estoy haciendo en al menos 4 discursos diferentes: el video poema, el texto individual de sala, la convocatoria en la manta, el video compartido en redes y lo que platico con las personas frente a frente:

Me relaciono con los jardineros, tengo que conocer, proponer, guiar a varias personas, a veces invitar a grupos de estudiantes, hacer oficios, resolver la logística de lo que se sembrará y cómo, diseñar las actividades de cada día que no logra por

cumplirse, estar ahí sábado o domingo, y a veces ambos, estar estresada, nerviosa, y contenta, y divertirme, y cansarme, picada por mosquitos, asqueada por cucarachas y feliz con las personas. Feliz de estar haciendo todo eso. Al ponerme al límite de mis habilidades, de lo que sé ver, se convierte en una experiencia llena de aprendizaje gracias a los demás. Una satisfacción donde todo encaja, aun cuando las circunstancias no son favorables, es esta la época más feliz de mi vida desde que viví en aquella casa de bambú.

El valor de la autoría pierde poder e importancia, y si no hice otra cosa, es porque no encontré otra forma de transmitir este mensaje. Puede que sea una obra simple, puede que lo que quiere decir ya lo sabemos, pero la manera en que me nutrió esta larga y a veces dolorosa experiencia me ayudó a tener la claridad para lo que haré a partir de ahora. Y no es trivial. Hoy ocurrieron interacciones poco comunes en el ecosistema del jardín. El jardín es un espacio de conflicto, de infinitas posibilidades y de unión.

La obra está viva usando el lenguaje para otro fin, encontró su manera y razón para usarlo. Veo que de formas inesperadas está emergiendo su esencia, para mí se trata de dejar de controlar, es posible que tenga que replantear la forma en que entendía esta parte del proceso porque está sucediendo algo revolucionario, cuando estamos ahí y trabajamos juntos, nos vemos, nos escuchamos, podemos hablar de cuestiones muy personales, difíciles, he visto interacciones muy poco comunes en este jardín, y cocreamos un espacio-tiempo que permite otra forma de cohabitar, podemos enfrentar problemas de manera pacífica, podemos dialogar y trabajar juntas, y tratarnos con respeto, porque nos vemos de hecho sí nos importamos. Este lenguaje es el medio para entendernos.

Pero planificar 3 momentos diferentes por sesión tampoco funciona mucho, cuando se acercan personas, voluntarios, en diferentes momentos de la sesión y nadie es puntual entonces tengo que replantear la estructura, necesito simplemente atender a cada persona que temporalmente se integre y

ver las necesidades del grupo tanto como las del individuo. Estamos relacionándonos como cualquier otro elemento en un ecosistema, como la hoja que cae del árbol, que tapa la entrada de la madriguera, la liebre que la escucha y sale, y corre y choca con la rama, el búho que la ve, la luna que los ilumina, el viento que los enfría, la hoja que roza el roedor y la lluvia que le cae, el insecto con el que se cruza, la lombriz que se mueve sinuosa en la tierra, la persona en el camino, el árbol aparentemente inmóvil, de hecho no queremos hacernos daño, solo estamos compartiendo el tiempo y el espacio, queremos cohabitar juntos, nos necesitamos como el árbol que necesita el acolchado que sus hojas muertas nutren bajo su tronco, reteniendo humedad para vivir. No podemos existir de forma aislada.

Pensé que en la realización de la pieza de restauración del jardín hablaríamos de lo que ya he reflexionado antes. Pero ahora empiezo a ver otras cosas. Veo que no hay forma de generar basura aun cuando el objetivo es restaurar y limpiar este espacio; nuestra estancia pasajera también implica que comemos, dejamos envolturas, dejamos macetas de plástico de las plantas que ahí sembramos.

Este trabajo que inicialmente surge para estar con el ecosistema y sus habitantes de forma consciente y pacífica de hecho también me ha estresado, mentalmente me ha hecho sentir que ya no quiero estar aquí. Trabajar el jardín desvanece el ideal romántico de la conexión con la naturaleza, no es sublime, es tedioso, cansado, incómodo, a veces doloroso. Aun así, siento que es esto y no otra cosa lo que he debido hacer. Todo mi proyecto, en sus más inestables y tormentosas reflexiones me ha traído hasta aquí. Sé que arte relacional y arte vivo estaban destinados a hacer el amor.

Estar inmersa en el proceso es esencial, con las manos en la tierra, en la flor, en la tinta y el papel. Yo creo que el arte reclama la completa presencia y que es un medio para regresar a la unión con la vida, de una forma u otra todo esto que he hecho busca recordarme eso, por eso tengo que cargar los

troncos, ver lo que filmo, dibujar lo que imagino, coser la libreta, pintar la manta, hablar con las personas. Todo reclama acción, la postura activa que implica la transformación social que deseamos. En muchos sentidos, esto que he estado proponiendo aquí en el jardín encarna lo que más valoro.

Pero las contradicciones no terminan. Estoy aquí estresándome, cansándome, enojándome con mis propios errores de principiante, asqueándome con las cucarachas de la hojarasca y entre todo eso, esos fines de semana son como regresar a la época en que tenía un gran huerto y tocaba trabajar mucho la tierra, como construir la casa de bambú, este un trabajo físico simple, repetitivo y muscularmente cansado, en la tarde ya solo quiero descansar, como la gente en el campo. Mi mente ya no da para mucho más, y no estoy ni cerca de hacer lo que ellos hacen, pero sin la vorágine de pensamiento viciado, aquí me siento ligera.

Y luego comienzo a pensar en el trabajo de los jardineros, ¿cuánto ganarán al mes? Lo último que quiero es añadirles más trabajo. Al ver este jardín volteo a ver otros jardines. Esta pieza también es una reflexión sobre el trabajo manual, incómodo, cansado y mal pagado...

¿Por qué vienen los voluntarios aquí?, ¿qué están buscando?, ¿qué puedo hacer yo por ellos?, ¿qué necesitan de mí? Como las raíces que necesitan agua, y las hojas al sol, como la liebre necesita comer y el coyote comérsela, así la roca que solo necesita desgastarse, ¿qué necesita otra persona de mí ahora?, ¿qué hago yo dentro de este ecosistema? Que es nuestro no porque nos pertenezca, sino porque lo necesitamos. Al final todo me trajo a la ecología humana, el estudio transdisciplinario de la relación entre los humanos y su hábitat, su entorno natural y su ambiente construido, las conexiones de la población con el ecosistema (referencia*).

¿Cuál es la pieza?, ¿es la acción? ¿la reflexión? a lo largo de procesos que desean cocrear una situación para vernos, la reflexión avanza y ahora está en otro lugar. Solo es importante enunciar las cosas desde el arte en los círculos del arte. Yo que tanto he pensado en esto, hoy lo veo con claridad. La na-

turaleza somos nosotros. El contenido se convierte en el continente. El mensaje de la obra es lo que la obra está haciendo. La relación con otros seres humanos, el trabajo en equipo y el diálogo, el lenguaje usado para otro fin. La coexistencia.

No había otro camino para transmitir este mensaje, que no es uno solo, aunque siempre sea sincero, creo que el arte puede transformar trastocar hasta deshacer. La obra entonces refleja parte de esa transformación, no cambiar significaría algo nuevo no haber visto. En la pieza, en la sala de bitácoras, todo es el mismo discurso. Si no hice otra cosa es porque no encontré otra forma de comunicarlo. Hacer arte solía ser un trabajo solitario para mí, ahora es colectivo. ¿Pensar desde el arte implica que te transforme profundamente?

Siento que durante estos dos años me he estado reconfigurando. La restauración en el jardín solo es posible porque tenemos que usar el cuerpo, después de unas horas es cansado e incómodo, pero después aporta paz. Extrañaba sentirme cansada físicamente en lugar de solo mentalmente, con el cuerpo inquieto por la noche sin poder conciliar el sueño, es algo que otros voluntarios también han sentido aquí, cómo después de unas horas moviendo su cuerpo logran sentirse más tranquilos, me pregunto si lo que estoy restaurando es solo el jardín.

Mis principales compañeros de equipo estos últimos meses, Zahid, Joshua y Greg en diferentes sentidos son un gran ejemplo encarnado de la esencia de este proyecto, y de esta pieza en concreto. Creo que los tres comprehenden de dónde viene este trabajo, conocen este tipo de dolor y deciden activamente vivir con esperanza, ayudando si pueden, lo hacen parecer fácil. Pero mirando hacia atrás, ¿cómo podría repensar la necesidad de coexistir si continúo aislándome de la sociedad en que vivo? Mucho tiempo ha pasado desde que no me sentía así de libre y plena como lo he sido este último semestre, durante la restauración he notado que a las personas les gusta sentirse parte de algo, les gusta colaborar por un beneficio mayor. Todo está tan cálido, tan vivo, tan social, tan transformador.

De hecho, hacer este trabajo sí me hizo sentir esperanza, ver una pequeña muestra de colaboración sincera, tan viva, es la brasa que aviva el fuego. Hacer arte relacional también me enseña a ver, el día de la inauguración solo deseaba sentarme en la entrada de ese pequeño jardín para ver cómo las personas interactúan entre ellas, con el espacio, transformándolo a través de la actividad concreta de sembrar plantas polinizadoras en una jardinera, para ver cómo mi equipo les contaba lo que hemos hecho y los guiaba a la acción, quería solo escucharlos, me sentía tan feliz. En la exposición Ante umbrales la presencia es el umbral y el cuerpo es el vehículo de la presencia.

Por eso creo que el arte está tocando algo más real que el discurso, cuando solo habla para sí mismo, porque al pensar desde la experiencia es necesario sentir primero. Aunque sabe que los sentidos a través de los cuales percibimos nunca están completos, y que no tenemos la capacidad para nombrar o comunicarlo todo. A veces siento que el arte quiere hacerle el amor a la vida, al aceptar lo que profundamente duele y hacer algo con ello para sanar el espíritu.

En este sentido, mi individualidad es importante porque mi experiencia, valiosa en sí misma, aporta otro tipo de conocimiento, como si solo aprendiera de lo que siento, lo que experimento es lo único que me transforma, y creo que en cierta medida el arte me ha reclamado esa transformación, por eso la indagación artística ha sido un gran viaje interno para mí... Ver hacia afuera para repensar el adentro, hasta que el adentro cambie. Pensar desde el arte es como decir "puedo no tener certezas de muchas cosas, pero desde mi experiencia sé esto, estoy segura de este conocimiento porque lo vivo". Pensar a través de los sentidos para procesar información que inhalamos desde el cuerpo hasta transformarla en conocimiento. Colaborar en esta pieza me hace vivir la esperanza de que construir una relación comunitaria es real.

Pero ha sido una larga serie de procesos lo que me trajo hasta aquí. He ido a estar con el bosque de Chamilpa unas 300 veces durante esta indaga-

ción, en la mayoría de ellas no ocurre ninguna experiencia o reflexión extraordinaria. Solo estoy ahí un rato, camino hasta cansarme, fotografío, filmo o dibujo, y la mayoría de los últimos meses solo me siento a contemplar y escuchar, o ignoro mi completo entorno porque mi mente está en otra parte. Aunque ahora soy consciente de que voy al bosque a aprender, quizá 1 de cada 50 veces viví algo que no voy a olvidar por lo singular que fue, por la revelación que significó. Quizá fueron necesarias 300 veces para comprehender esto ahora, así es la indagación artística. Es lo que haces todos los días lo que te transforma.

Mucho tiempo sentí que en mí sucedían simultáneamente dos procesos diferentes, casi contradictorios, uno muy corporal y sensorial y otro muy analítico y mental. Esta relación entre mente y cuerpo, entre razón e intuición, y entre naturaleza y sociedad, resume la esencia de mis prácticas artísticas en la que es tan importante leer filosofía, ver un documental de geopolítica sobre la transición energética, escuchar la opinión de otras personas, o escribir por horas mis reflexiones en la bitácora, tanto como explorar una zona del bosque desconocida, recolectar piel que la serpiente ha mudado, mirar las larvas del río contaminado de la barranca, o el búho mientras canta al atardecer. El diálogo constante entre una forma de investigar muy intelectual con otra mucho más experiencial, muy distintas entre sí, es lo que me ha ayudado a mantener un relativo equilibrio mental en esta profesión que a veces parece valorar las ideas como si fuesen más que un medio.

Hacer prácticas que siguen su intuición para salir de este bucle de pensamiento obsesivo en el que entré fue el inicio de entender qué significa pensar desde el arte. Cada una es una diferente forma de buscar, de sentir, de repensar otra forma de ser, de entender, de relacionarme, con mi entorno como con mi propia mente, hasta que la obra encarnó el conocimiento interiorizado. Cada una es una forma diferente de reconectar con el ecosistema en que vivo, por eso la interacción cotidiana con el entorno natural es la base, lo que propicia todos

los hallazgos, preguntas, reflexiones y acciones que has leído.

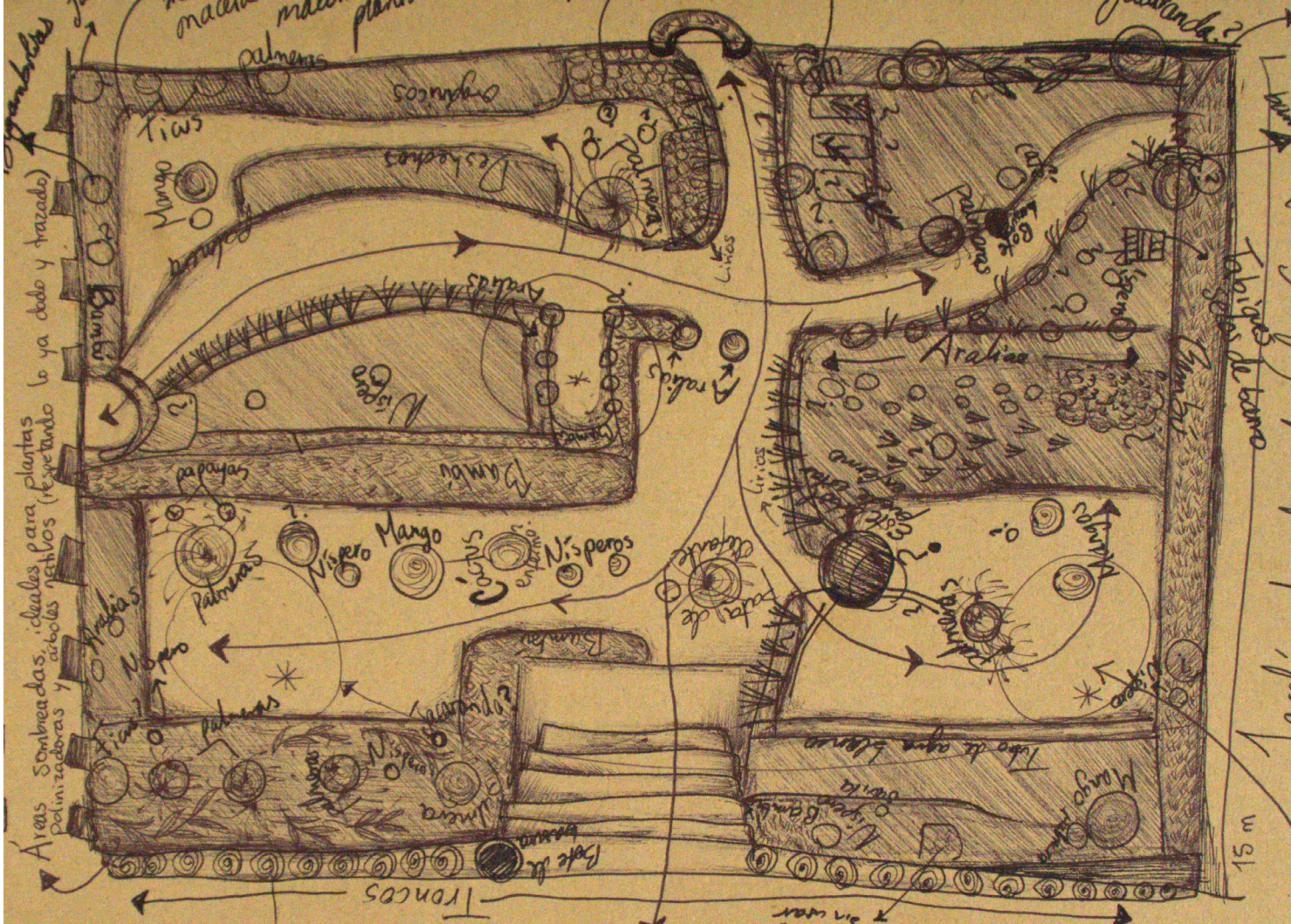
Como el bebé en el vientre materno, esas diminutas semillas de calabaza antes de madurar ya contienen la promesa de la vida; la curiosidad ha sido el oxígeno que ha respirado este proyecto, en el que indagar es el intento por comprehender cómo habitan otros seres vivos el planeta, con la esperanza de encontrar en otros ecosistemas la claridad de qué no funciona en el nuestro. A menudo coincido con Fukuoka Masanobu, cuando escribió: "yo creo que si uno examina a fondo su propio entorno y el mundo cotidiano en el que vive, le será revelado el mayor de los mundos" (2011, p. 43). Si en cada ecosistema la transformación de las relaciones tiende al equilibrio, ¿qué nos está sucediendo al vivir dentro de uno cuya lógica central es el crecimiento y la maximización de la riqueza, priorizando el valor económico sobre el bienestar integral?, ¿qué procesos nos están dañando severamente, arrebatando el valor inherente de nuestra existencia humana y el de todo organismo vivo?, ¿qué podemos hacer para sanarlos?

Estar aquí
(parte III)

Llevo mucho tiempo junto a ti,
pero estoy tan sola,
¿si apenas rozara tu realidad profunda,
sentiría que tú y yo anhelamos lo mismo?

He vivido a través de las palabras
hasta que mis venas necesitan agua
como mi piel buscando el calor del sol,
el calor de tu abrazo.

La mente ruidosa anhela silencio,
mi cuerpo,
quemado
y adormecido,
solo desea
estar
aquí.


Áreas sombreadas, ¡ideales para plantas polinizadoras y árboles nativos (respetando lo ya dado y trazado)
palmeras
Tiws
Mango
Cedros
Arañas
Nispero
Papayas
Nispero
Mango
Palmeras
Arañas
Nispero
Palmeras
Tiws
Palmeras
Nispero
Mango
Palmeras
Tiws
Palmeras
Arañas
Tabiques de barro
Tronco
15 m


plantas en simbiosis
Esta planta en medio del camino, nos "estorba" y solo así la vemos.
Raíces cortadas
Las raíces no deben expuestas, porque
de
ta de
en que
taba y que
nunca fue trasplantada


lo que es arriba
es abajo
lo que está adentro
Disposición
plantas de sombra
sombra que sigue el
mino de las raíces, de
s ramas del sistema
ioso de dichas plantas,
de humanos..


una planta en el centro de toda reunión está con porque
nosotros esta
para
todos
Todo alrededor en el que esta contenido
Tronco para usar
Esto es un
de como
jardín
la interacción
humana
trasplantar
dejar espacio para
se relacionen las


Un portal para un santuario (el ecosistema)
*Cortar el bambú para seguir el arco
Planta nativa con guía
Cortar bambú en forma de arco
Planta alrededor
*Colocar (o estructura de metal si hay) palos, ramas hasta arriba formando el arco (se puede usar bambú seco
Quitar bote de basura
palos para que las plantas guía puedan trepar
En todas las entradas del portal hace que sea un diferente en santuario
macetas de barro usar en jardín




La comunidad que visita el Jardín
Botánico es bienvenida a colaborar
en el proyecto de arte ecológico
público. Dialogando las contradic-
ciones entre ser humano-Naturaleza
en sesiones semanales para
restaurar un jardín construyendo
puentes en nuestra compleja
relación con el ecosistema.
Laura Jácome

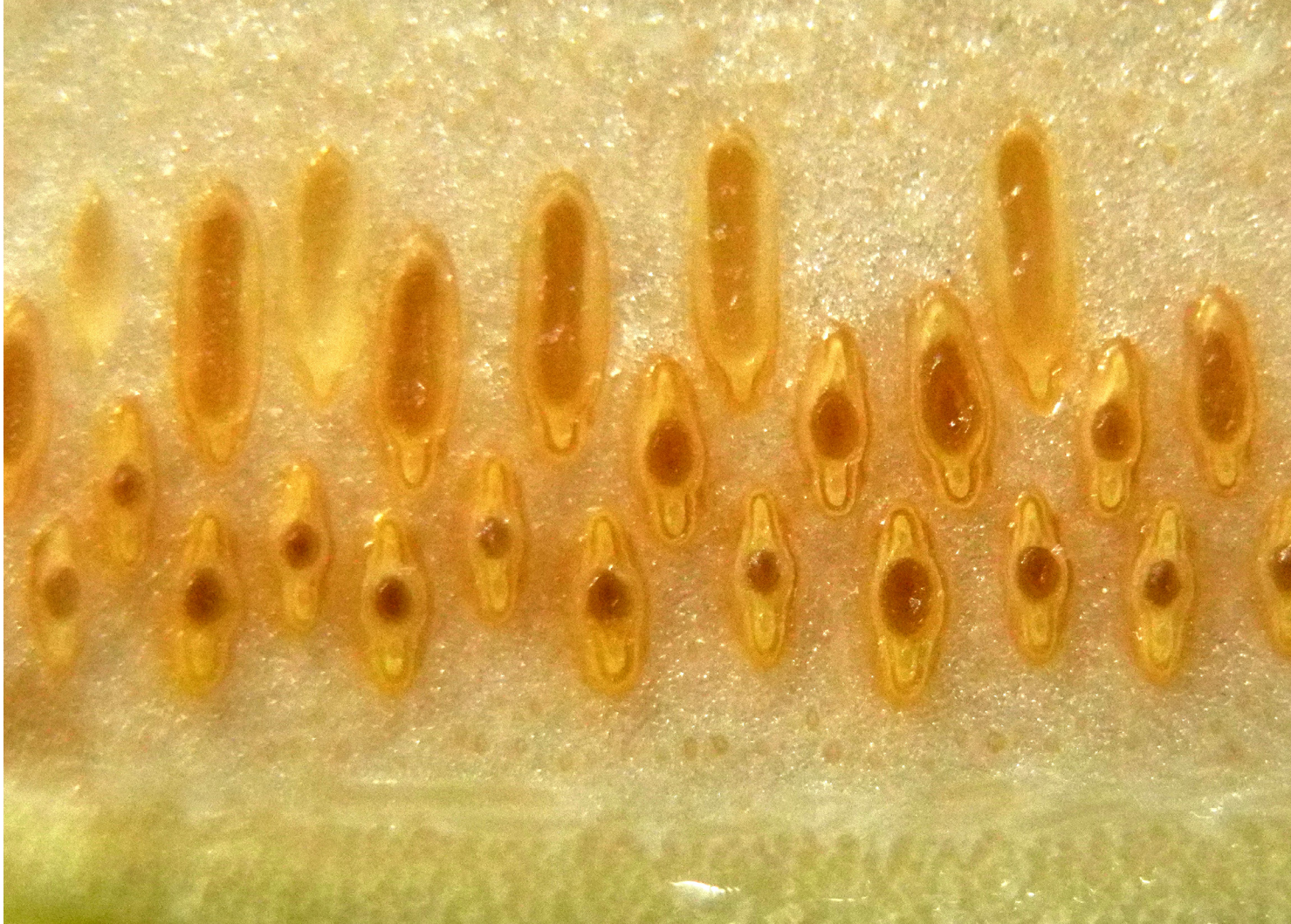












Bibliografía

Adorno, T. (2004). Teoría estética. Ediciones Akal.

Armenteras, D., González, T., Vergara L., Luque, F., Rodríguez, N., Bonilla, M. (2016 enero-abril). Revisión del concepto de ecosistema como "unidad de la naturaleza" 80 años después de su formulación. Ecosistemas. 25(1), pp. 83-89. Disponible en https://www.redalyc.org/pdf/540/54045357011.pdf

Biblia latinoamericana (15a ed.). (2019). Editorial San Pedro.

Bishop, C. (2012). Infiernos artificiales: Arte participativo y políticas del espectador. Editorial Tee.

Buckley, J. (2006). Air Power in the Age of Total War. Routledge.

Cabrera, V. y Ceballos, J. M. (2005). "La Cueva del Castillo". El significado del arte paleolítico (pp. 63-75). Ministerio de Cultura.

Delgado, C. (2005). La montaña cantábrica, una montaña viva. Cátedra Cantabria.

Ducarme, F. y Denis, C. (2020). What does 'nature' mean? Palgrave Communications 6(1). Disponible en: https://www.researchgate.net/publication/338958197_What_does_%27nature%27_mean

Fitz, E. (2015). La Sierra Madre Oriental. Bo-

letín UNAM. Disponible en https://www.dgcs.unam.mx/boletin/bdboletin/2015_262.html

Fromm, E. (1956). El arte de amar. Paidós.

Granciera, P. (2018). Jardines del México Antiguo. Fondo Editorial del Estado de Morelos.

Gutiérrez, R. (2013). ¿Qué significa ser humano? Una aproximación desde la biología evolucionista. Estudios De Antropología Biológica, 10(2).

Haraway, D. (1995). Ciencia, cyborgs y mujeres. Cátedra.

La basura espacial y cómo nos afecta. (2025). The Circular lab. Disponible en https://www.thecircularlab.com/blog/basura-espacial/

Mark, J. (2026). Civilización. World History Encyclopedia. Disponible en https://www.worldhistory.org/trans/es/1-10175/civilizacion/

Masanobu, F. (2011). La revolución de una brizna de paja. Ediciones EcoHabitar.

Maturana, H. (2003). El árbol del conocimiento. Lumen.

Næss, A. (1989). Ecology, Community and Lifestyle: Outline of an Ecosophy. Cambridge University Press.

Pepperell, R. (2003). The Post-Human Condition. Intellect books.

Redacción National Greographic. (2022). Basura espacial: qué es y qué problemas puede generar. National Greographic. Disponible en https://www.nationalgeographicla.com/espacio/2022/09/basura-espacial-que-es-y-que-problemas-puede-generar

Ruiz, J., Baño, M. y Secadas, F. (2010). Evolu-

ción histórica de la escritura. Historia De La Educación, 4. Disponible en https://revistas.usal.es/tres/index.php/0212-0267/article/view/6620

Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales. (2018). México, diversidad que asombra. Gobierno de México. Disponible en https://www.gob.mx/semarnat/articulos/mexico-biodiversidad-que-asombra

Solo el 9% de los residuos plásticos generados en el mundo se reciclan, según la OCDE. (2022). Retema. Disponible en https://www.retema.es/actualidad/solo-el-9-de-los-residuos-plasticos-generados-en-el-mundo-se-recicla-segun-la-ocde

Vilchis, T. y Jiménez, N. (2024). Basura, de la ficción a la ciencia. UNAM. Disponible en https://ciencia.unam.mx/leer/1525/basura-de-la-ficcion-a-la-ciencia

ÍNDICE

PREFACIO	7
CAPÍTULO I	9
CAPÍTULO II	45
CAPÍTULO III	87
BIBLIOGRAFÍA	116

Cuernavaca, Morelos a 11 de agosto de 2026

Dr. Elías Paracelso Xolocotzin Eligio
Encargado de Despacho de la Dirección
de la Facultad de Artes UAEM
P R E S E N T E

Por medio de la presente comunico a Usted que he leído la Tesina **Tus branquias, tu corteza y la sangre de mis venas** presentada por la estudiante **Laura Jácome Cessa**, con número de matrícula **10082270** para obtener el grado de Maestra en Producción Artística.

Considero que dicha Tesina se encuentra concluida satisfactoriamente, por lo que doy mi **VOTO APROBATORIO** con el fin de proceder a su defensa.

Baso mi decisión en los siguientes criterios:

Por considerar que constituye un trabajo valiente, profundamente sensible y plenamente logrado en términos de investigación-creación. La obra hace precisamente aquello que este tipo de proceso exige: pensar desde el arte, permitiendo que la propia práctica transforme las preguntas, los métodos y, finalmente, a quien investiga. A través de una estructura en tres actos particularmente eficaz, Laura construye una reflexión rica sobre su propia identidad, como ser humano y como persona creadora y pensante situada en el mundo, que se despliega simultáneamente como exploración intelectual, corporal y manual de las relaciones entre los seres humanos y el mundo natural, así como de las relaciones entre unos seres humanos y otros. Uno de los mayores logros del proyecto es que no se limita a desarrollar una hipótesis inicial, sino que cambia de manera sustancial durante el proceso: parte de una exploración de límites, distancias y fronteras, entre cuerpo y territorio, naturaleza y cultura, sujeto y entorno, y avanza hacia una comprensión de la coexistencia como práctica concreta, colectiva y relacional. Esta transformación encuentra una notable coherencia formal en los paralelismos y resonancias entre el ensayo autoetnográfico, la poesía y las narrativas fotográficas y visuales, lenguajes que no se ilustran mutuamente sino que piensan en paralelo y se enriquecen entre sí. De manera especialmente significativa, el proyecto termina desplazándose de la contemplación y la representación hacia la acción compartida: ya no se trata únicamente de reflexionar o proponer discursivamente otra manera de habitar el mundo, sino de proponer a través del ejemplo, haciendo de la práctica artística misma un espacio donde esa forma de coexistencia puede ensayarse, experimentarse y hacerse visible.

Por lo anterior, el sentido de mi voto es **aprobatorio sin condiciones** y la tesina puede pasar a los lectores asignados.

ATENTAMENTE

Dr. Gregory Max Berger

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MORELOS

Se expide el presente documento con firma electrónica UAEM, soportada por el certificado vigente a la fecha de su elaboración y con efectos plenos de conformidad con los LINEAMIENTOS EN MATERIA DE FIRMA ELECTRÓNICA PARA LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MORELOS PUBLICADOS en el ÓRGANÓ INFORMATIVO UNIVERSITARIO "ADOLFO MENÉNDEZ SAMARÁ" número 117 de fecha 20 de abril de 2021.

Sello electrónico

GREGORY MAX BERGER | Fecha:2026-08-13 16:20:32 | FIRMANTE

IgPi7p1rDiJz/DLI65NiBsXbVmxzJSkJvYRVNFGvbkxiJow1/n4aX+9oW2C1k67+ryBQkJkkEyyxVYgZ0DCEt0pWTlpuLwG2IYNumyhbIwy5wMn78ziKY/AjHXy9FGBArtHz8IKQqpG
VUDmB6YFlKIxX5vQrPJvuoZ7Jn/ExHVu4bJhZHqYG8i8qdFawDAP+4dGvMyCocDM+as7iJJ4NVE1zoRrUo7rElEjKpPeaxMPXSxbQV71vMsuRpA/JNXIcpM9G5jo91dT2mk7MN
QqCH6XTIs7K5l8hq/DygkWAwqa7qVpzbZmRKVQDXHsNA8ZmCPGOS+MUl5oLPnMVzzlKWw==

Puede verificar la autenticidad del documento en la siguiente dirección electrónica o escaneando el código QR ingresando la siguiente clave:

o8CbhYOX1

https://efirma.uaem.mx/noRepudio/VyjMCCyIflLaRCm7KUwq0740WDb7wwmx

Cuernavaca, Morelos, a 21 de agosto de 2026

Dr. Elias Paracelso Xolocotzin Eligio
Encargado de despacho de la Dirección de la Facultad de Artes
UAEM

PRESENTE

Por medio de la presente comunico a Usted que he leído la Tesina **Tus branquias, tu corteza y la sangre de mis venas** presentada por la estudiante **Laura Jácome Cessa**, con número de matrícula **10082270,** para obtener el grado de Maestra en Producción Artística.

Considero que dicha Tesina se encuentra concluida basando mi decisión en los siguientes criterios:

- La tesina articula de manera coherente la producción artística con la reflexión conceptual.
- El trabajo da cuenta de un proceso de exploración en el que la experiencia personal se vincula significativamente con la práctica artística.
- La tesina responde satisfactoriamente a los objetivos propuestos por el programa de Posgrado y reúne los elementos necesarios para emitir el voto aprobatorio.

Por lo anterior, el sentido de mi voto es **APROBATORIO SIN CONDICIONES**.

ATENTAMENTE



Dra. Zaira Eréndira Espíritu Contreras
Nombre y firma del lector(a) del proyecto

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MORELOS

Se expide el presente documento con firma electrónica UAEM, soportada por el certificado vigente a la fecha de su elaboración y con efectos plenos de conformidad con los LINEAMIENTOS EN MATERIA DE FIRMA ELECTRÓNICA PARA LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MORELOS PUBLICADOS en el ÓRGANÓ INFORMATIVO UNIVERSITARIO "ADOLFO MENÉNDEZ SAMARÁ" número 117 de fecha 20 de abril de 2021.

Sello electrónico

ZAIRA ERÉNDIRA ESPÍRITU CONTRERAS | Fecha:2026-08-21 17:24:58 | FIRMANTE

DJbFm15WNDW6FQhBcOZ/03Hr3j9iE3yxdNm0aUFVhESomBYWZXR90LnalkFe+/sC8QxhirBizMqouUECZzhftE0xVzoWRXxYge+3KDkj63tlYdIDavIf5FvQ5YiTtdaCvUZBeMdj
MyqhnTUDs1db7WUSFgNYJREW495AU4JJWBEg5/vMi4jWLMEG1xtWlNTkvSS2ZhdYteXSqdXw606Vpqq7LZtUu69icsyzVwoShF291aSxg8SczyMpgXZB94WW99Y+3WxLXV
H5bRqgWcaS47NLUsaOpgl1AWwtuIU/Uo6pxK3QO15/2TiNl6TdqnbDcIhxG3NhachclPgr++2fKg==

Puede verificar la autenticidad del documento en la siguiente dirección electrónica o escaneando el código QR ingresando la siguiente clave:

Of8N3hFmr

https://efirma.uaem.mx/noRepudio/Bqe9ueHxAziVMaBqxiqKrlhKOcbl3004

Cuernavaca, Morelos, a 18 de septiembre de 2026

Dr. Elias Paracelso Xolocotzin Eligio
Encargado de despacho de la Dirección de la Facultad de Artes UAEM

PRESENTE

Por medio de la presente comunico a Usted que he leído la Tesina **Tus branquias,tu corteza y la sangre de mis venas** presentada por la estudiante **Laura Jácome Cessa**, con número de matrícula 1**0082270** para obtener el grado de Maestro en Producción Artística.

Considero que dicha Tesina se encuentra concluida basando mi decisión en los siguientes criterios:

- .Refleja todo el proceso de trabajo realizado durante la maestría
- .Es clara y coherente con su proyecto
- .

Por lo anterior, el sentido de mi voto es **APROBATORIO CON CONDICIONES**.
La única observación que emito, sería que incluye un apartado de reflexión y conclusión

ATENTAMENTE

Mtra. Edna Alicia Pallares Vega
Nombre y firma de la lectora del proyecto

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MORELOS

Se expide el presente documento con firma electrónica UAEM, soportada por el certificado vigente a la fecha de su elaboración y con efectos plenos de conformidad con los LINEAMIENTOS EN MATERIA DE FIRMA ELECTRÓNICA PARA LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MORELOS PUBLICADOS en el ÓRGANÓ INFORMATIVO UNIVERSITARIO "ADOLFO MENÉNDEZ SAMARÁ" número 117 de fecha 20 de abril de 2021.

Sello electrónico

EDNA ALICIA PALLARES VEGA | Fecha:2026-09-25 12:49:22 | FIRMANTE

uSXfe4Qa/Aah6uDrbL4HTpGwJ5sgU74d9U1XWqIc4WJQqq4YfSQoDnDij4DMK6zVdHs/gloskDNWouaMOiNbI1OCaxwXhYSt3QdAvcsaoa6zcRmwQ0z/zV6JHicletmNsBlNQ2qrq5B3GMHJKQ33m+OzpLCm1j+RTOeQJ4iRFPgRX4leJpBF/zcDIQTMaM1rCo0n+L8qe/JiZPCJ8hqRaeMmP3Tf5YM36riF1injOkdq5qbOTiqbMC2Em7HJpnoZ211DNwz4A/Iu4i0YwBgan1mDixbk/njrelmw4IDyk2nsEuta9omWZwQ326Xdp08Mqo/+ciQ5zsd6hxysF2lPTA==

Puede verificar la autenticidad del documento en la siguiente dirección electrónica o escaneando el código QR ingresando la siguiente clave:

wtD3nsMTY

https://efirma.uaem.mx/noRepudio/8ToCx13VNC3uu3BbfUZt54q9lZE5dSvT

Cuernavaca, Morelos, a _16__ de _septiembre_de 2026

Dr. Elias Paracelso Xolocotzin Eligio
Encargado de despacho de la Direción de la Facultad de Artes UAEM

PRESENTE

Por medio de la presente comunico a Usted que he leído la Tesina **Tus branquias,tu corteza y la sangre de mis venas** presentada por la estudiante Laura Jácome Cessa con número de matricula 10082270 para obtener el grado de Maestro en Producción Artística.

Considero que dicha Tesina se encuentra concluida basando mi decisión en los siguientes criterios:

Presenta una argumentación clara y ordenada del tema

Destaca la originalidad de la obra y la forma de abordarlo

Permite una reflexión sobre género e identidad considerados de una manera original.

La tesina refleja la complejidad de los temas que presenta la obra y permite una reflexión más detallada y profunda

Por lo anterior, el sentido de mi voto es **APROBATORIO SIN CONDICIONES**.

ATENTAMENTE

Dr. Fernando Delmar Romero
Nombre y firma del lector(a) del proyecto

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MORELOS

Se expide el presente documento con firma electrónica UAEM, soportada por el certificado vigente a la fecha de su elaboración y con efectos plenos de conformidad con los LINEAMIENTOS EN MATERIA DE FIRMA ELECTRÓNICA PARA LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MORELOS PUBLICADOS en el ÓRGANÓ INFORMATIVO UNIVERSITARIO "ADOLFO MENÉNDEZ SAMARÁ" número 117 de fecha 20 de abril de 2021.

Sello electrónico

FERNANDO DELMAR ROMERO | Fecha:2026-09-20 13:03:08 | FIRMANTE

MycDINwEsbsYnikHPBBCjuDHG3dCPK7Pg+14ySz2MWKSLsyHKNDv59eRPw046sY2n5k50uK2MIp7BdEH1RtgZVRdZ1dOSdcnewHvNXA9arLKhYkXDy0plB8WHw6Ibuah4G0
jfCLIDxIkAxtoYcXRyMlhp1mGTY6yprJsKtn0D+iuUuIwJz7mBo8lwwYhCh6JqxFqUNX2C3dPVhob7+/Zh6w6iPVeD75G4SvG7poNxcOzKmkovG9KK29ySr7lc00ObjKoePFRrqltvtl
XgykwAsRFdtnNOTvbvu+LU/kJwxPDn9kysp+tr85Ogww8UqICN3jMKHsSpgUlvJ7mh2R4vQ==

Puede verificar la autenticidad del documento en la siguiente dirección electrónica o escaneando el código QR ingresando la siguiente clave:

KfJYQkHaV

https://efirma.uaem.mx/noRepudio/JS19B7b7E9IcUWZFYavu7walTIXhj1MA

Cuernavaca, Morelos, a 21 de agosto de 2026

Dr. Elías Paracelso Xolocotzin Eligio
Encargado de Despacho
Dirección de la Facultad de Artes
UAEM

PRESENTE

Por medio de la presente comunico a Usted que he leído la Tesina **Tus branquias, tu corteza y la sangre de mis venas**, presentada por la estudiante **Laura Jácome Cessa**, con número de matrícula **10082270**, para obtener el grado de Maestra en Producción Artística.

Considero que dicha Tesina se encuentra concluida satisfactoriamente, basando mi decisión en los siguientes criterios:

- El documento da cuenta del proceso de trabajo seguido por la estudiante a lo largo del Programa y es claro resultado de su práctica artística.
- La escritura se incorpora de manera efectiva y complementa adecuadamente el despliegue de las imágenes que articulan la propuesta visual.
- Con un abordaje desde el arte, la propuesta editorial recoge los intereses particulares de la autora en torno al hábitat, abordando con agudeza la relación que los individuos en sociedad mantenemos con la naturaleza.

Por las razones antes expuestas y sin otro particular, doy mi **VOTO APROBATORIO SIN CONDICIONES** con el fin de que se pueda proceder a la defensa de la Tesina.

ATENTAMENTE

Dr. Gerardo Suter Latour

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MORELOS

Se expide el presente documento con firma electrónica UAEM, soportada por el certificado vigente a la fecha de su elaboración y con efectos plenos de conformidad con los LINEAMIENTOS EN MATERIA DE FIRMA ELECTRÓNICA PARA LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MORELOS PUBLICADOS en el ÓRGANÓ INFORMATIVO UNIVERSITARIO "ADOLFO MENÉNDEZ SAMARÁ" número 117 de fecha 20 de abril de 2021.

Sello electrónico

GERARDO SUTER LATOUR | Fecha:2026-09-10 13:53:58 | FIRMANTE

PG0NWk+e3mpOerDtMzxR9bjJtk793R9uscvh1litXqie2NXfvvDNa56MBamjT0WQma1Px7QkRwv6epxWChTqrbPI9dOEOqrlpX5MQIkoBSD63u8PtyfAnrhwSKhROgb+iwj1AvZViX2UAbZDHJA/4JwmqQ7/d6qF3n3kjYC5/P1B4LCdTDp7GQz8D8+voDi9+8gCkRlz6inIfB9Ftj6dehixwUZAFHroHFzsg9tljZ2/OSu+jVB9UjSz3UkXmFLF66jtHCp2MormUCXRk8LpuSSRW9Y7EFmOqNJrUIohp38uXnmvW7viJMJN9HGbpqGGHyZabGwNno3WD1vJw4iWTw==

Puede verificar la autenticidad del documento en la siguiente dirección electrónica o escaneando el código QR ingresando la siguiente clave:

euHt9db0E

https://efirma.uaem.mx/noRepudio/9A9FKrrfDi7UqYYyixtYFor4mLEyHfIG